

V

LA EVOLUCION DEL AZUL-VERDE
AL ROJO-NEGRO EN LOS TRES REINOS*Complejidad e intrincación de los fenómenos.*

Al referirnos al verde vimos cómo la vida en nuestro planeta tenía por condiciones necesarias la función esencialmente *endotérmica* de las partes verdes de los vegetales, función que se manifiesta en una absorción de calor. Es pues legítimo suponer que la primera célula viva, mecida por el oleaje de los mares primitivos, fue una célula verde ¹.

Desde este punto de partida advertimos un punto de llegada: la sangre caliente (de signo rojo) de animales tales como los mamíferos y las aves, y particularmente la sangre del hombre. Vimos, de paso, cómo la naturaleza viva había invertido sus signos y sus funciones.

De una actividad *endotérmica* y centrípeta, donde vimos la marca de una *involución* pasamos a una actividad *exotérmica* (con desprendimiento de calor) y centrífuga. Y, al ir de una hacia otra, comprobamos un aumento progresivo de las funciones jerarquizadas con desarrollo de un sistema nervioso, primero simplemente esbozado, luego fuertemente centralizado; en una palabra, la *evolución* hacia la sensibilidad, la conciencia individual, la "personalidad", el "yo".

Pero este cuadro tiene necesariamente un rigor esquemático que la realidad parece a veces desmentir. Los vegetales mismos, como lo advertía ya Claude Bernard, tienen funciones *exotérmicas* y respiran de manera más o menos activa. Las flores, la germinación de las semillas desprenden calor. Inversamente, hay animales provistos de *clorofila*; otros que parecen tener funciones aún menos jerarquizadas que las de los vegetales. Pero todas estas objeciones no implican de ningún modo que el plan general de los fenómenos tal como nos permite delinearlos el ciclo de los colores, sea falso en lo más mínimo.

¹ Ver la salvedad expresada por la llamada 1, Cap. III, "El Mundo Vegetal".

Nota: Tomado del libro "Los Colores - Contribución a una Filosofía Natural Fundada en la Analogía". Traducción de JULIO SÁNCHEZ REYES (Parte II).

Vamos a ver, por el contrario, que el signo *rojo* del animal evolucionado se encuentra ya en el vegetal como el signo verde de la función *endotérmica* y fundamentalmente asimiladora del vegetal se encuentra en el animal y en el hombre. En este plan, lo que importa es deducir de lo anterior, con las tendencias generales de la vida, verdades inmutables. Pero ¿quién podría negar que hay en el animal algo de vegetal como hay en el vegetal algo de animal? El símbolo del Yang y del Yin expresa muy juiciosamente aquella intrincación de fuerzas y de funciones al marcar con un punto negro, color del Yin, el centro del Yang como marca el centro del Yin con un punto *blanco*, color del Yang.

Al abordar el estudio de la sexualidad bajo el ángulo de los colores, veremos, asimismo, que cuando pronunciamos las palabras *macho* y *hembra*, nos referimos a tipos extremos que la naturaleza no presenta sino muy raramente. La experiencia prueba que entre estos tipos extremos, existe toda una gama de intermedios y que un mismo individuo puede manifestar impulsos de uno u otro tipo. Pero todo ello es hoy día hartó conocido como para que pueda ser materia de discusión.

La vida a la conquista de la libertad.

En las especies más simples, tanto animales como vegetales, se constata una diferenciación muy débil de tejidos y una extrema facilidad de reproducción. Cuanto más complejo se vuelve el organismo tanto más las células que lo constituyen se diferencian unas de otras, y tanto más dificultad encuentra el individuo en multiplicarse o en regenerar una parte amputada de su cuerpo. Con el ejemplo de la mayor parte de los vegetales, vimos que es posible reproducir nuevos individuos a partir de una espiga, de un vástago, de una rama, de un tubérculo². En el reino animal más inferior, ciertos seres monocelulares se reproducen pura y simplemente por escisiparidad. Asimismo ciertas partes quitadas al cuerpo de un animal simple se regeneran

² "En las plantas, la subordinación de las partes al conjunto, que expresa en cierto modo los derechos del organismo, se presenta en grado mínimo". CLAUDE BERNARD.

como la rama partida de un árbol. Si se corta, por ejemplo, el brazo de una estrella de mar, éste reproducirá por un simple proceso de retoño, una nueva estrella. Una hidra cortada transversal o longitudinalmente en dos mitades se regenera en dos al cabo de un día, produciendo dos hidras distintas. Los briozoarios tienen la facultad de destruirse casi completamente para luego regenerarse. Cómo no advertir, en tales fenómenos, analogías con el reino vegetal y con el fenómeno de "transplante".

Pero las analogías pueden llevarse más lejos. En estos animales cuyas funciones son difusas, las células asumen todavía, cada una por su cuenta, un papel que, en los animales superiores, corresponde a un órgano especializado. Como ya lo ha hecho notar Claude Bernard, los seres inferiores no tienen hígado, y son todas sus células las que a semejanza de los vegetales, desempeñan el papel de hígado y aseguran, particularmente, la función glucógena. Así pues —y ello no debería ser motivo de discusión después de los trabajos de Claude Bernard—, la evolución ha ido en el sentido de la organización, de la especialización de los órganos, en una palabra de la individualidad y de la *personalidad* de la cual la "conciencia" del hombre es la culminación.

A medida que el ser asciende en la jerarquía de la organización, adquiere una mayor independencia en relación con su medio. En sus "Lecciones sobre la vida", Claude Bernard ha dado una vez más a los hechos todo su significado³. El vegetal está bajo la tutela estrecha de este medio. Sus funciones son tanto más activas cuanto los agentes físicos y químicos que le rodean: luz, calor, humedad, sales minerales, etc., son más abundantes. A este propósito, el padre de la fisiología moderna hizo notar que las condiciones de la vida, bajo sus formas primitivas, conducen a los *elementos* de los antiguos pensadores y alquimistas: *el fuego* (calor), *el aire* (oxígeno), *el agua, la tierra* (sales minerales) y *el éter* (luz). Falte uno de estos factores y la vida primitiva se detendrá, se pondrá, por así decirlo, en vigilia, como una llama que se empequeñece en un medio pobre de oxígeno.

³ "La fijeza del medio interior es la condición de la vida libre, independiente". (CLAUDE BERNARD, *Lecciones sobre la vida*, p. 113).

Animales de sangre incolora o de sangre azul.

El animal evolucionado no puede por supuesto liberarse completamente del medio, pero se halla menos estrechamente dependiente. El vegetal permanece inactivo si es de noche y si hace frío. Para él, el invierno es un largo período de vida detenida. La actividad humana no depende en cambio del nivel del termómetro. El hombre ha adquirido una autonomía, una *libertad* que si bien es aún relativa, le permite una actividad bajo casi todos los climas y en todas las estaciones. Ahora bien, esta autonomía la debe en gran parte al hecho de que su medio interno —su sangre— está a una temperatura constante. Pero no bien pasamos de los animales llamados de sangre caliente a los vertebrados de sangre fría (batracios, reptiles, peces) se comprueba una actividad vital cortada por largos períodos de adormecimiento, impuestos por las modificaciones de los agentes físicos que los circundan ⁴.

Y esta dependencia es aún más visible en los insectos, en donde se observa que la sombra de una nube basta para paralizar sus movimientos, como podemos comprobarlo en las jóvenes langostas.

Ahora bien, ¿qué vemos en aquellos organismos cuya "simplicidad" repetámoslo, no es más que *relativa*, puesto que algunos de sus órganos afectan ya una gran complejidad? Vemos una sangre incolora, cuya composición difiere muy poco, en ocasiones, de la del agua del mar; algunos poseen sangre, o más exactamente hemolinfa de color *verde* y existe, lo que es de todo punto significativo, una especie, las crisomélidas, en que sólo la hembra tiene hemolinfa de color *verde*, en tanto que la del macho es clara o amarilla pálida. Se comprueba, en el caso de estos curiosos animales, que los pigmentos clorofílicos están absorbidos en la hembra mientras que, en el macho, las células intestinales los destruyen.

Otros organismos tienen sangre *hemociánica* que, como el nombre lo indica, tiene una coloración *azul*; ésta resulta del cobre que con-

⁴ En las ranas entumecidas por el frío, se comprueba la disminución muy pronunciada de la combustión vital (4 pulsaciones cardíacas por minuto). Los experimentos de Claude Bernard demostraron que bastaba con calentar la sangre del animal para desentumecerlo.

tiene y la produce el hierro encerrado en la hemoglobina de los vertebrados. Pero la hemoglobina puede encontrarse también en ciertos moluscos de sangre *hemociánica*. Así pues, es importante comprobar que ella no se encuentra indiferentemente en todas las partes del cuerpo. *Solamente los músculos la contienen*. El músculo, es decir el agente *del movimiento*, el órgano que a causa de sus necesidades energéticas, rige importantes oxidaciones; el órgano rojo y exotérmico por excelencia.

La sangre roja, condición del "yo"

Esta incursión en el dominio de la Historia Natural era necesaria para precisar correctamente, en cuanto a los colores se refiere, la curva del movimiento evolutivo. Bajo la estrecha dependencia de los agentes físicos (los elementos), la vida ha marchado por lo pronto hacia una independencia relativa y hacia la libertad. La vida ha realizado esta marcha, en la medida misma en que el medio interno se aproximaba a la fijeza. La sangre de temperatura constante, aquella bella sangre *roja* cuyo color caliente corresponde a los rayos-rojos del sol que el vegetal capta transmitiendo su energía, *ha sido para la naturaleza la experiencia decisiva de la autonomía individual, de la personalidad y de la conciencia*.

Hay animales, por ejemplo los pájaros, que tienen sangre más caliente que la del hombre. Pero el hecho esencial no es el grado de temperatura que esta sangre presente, *sino la persistencia de aquella temperatura. Es ella la que ha condicionado la actividad mental del hombre, el desarrollo de su inteligencia y la profundidad de sus energías espirituales*.

Al mismo tiempo que adquiría la libertad gracias a la persistencia de su medio interior, el hombre adoptaba una posición *vertical* que, al especializar definitivamente sus miembros anteriores, dotándolo de la *mano*, verdadera marca de lo *humano*, rompía, en cierto modo, los lazos más poderosos que lo sujetaban a la tierra.

Al pasar de la posición horizontal a la vertical, se liberó en parte de las leyes de gravedad. Como lo decimos en el penúltimo capítulo de este libro, el hombre al *desarrollarse* obtuvo, gracias a todo este conjunto de condiciones físicas y fisiológicas, aquella *conciencia* que hizo de él un ser verdaderamente *rojo*.

Los miserables sádicos que en los "Campos de la Muerte" obligaban a sus víctimas a marchar en cuatro patas, no se equivocaban. Al imponerles aquella postura, sabían que privaban a estos infelices hasta de las mismas apariencias de la dignidad humana. Los rebajan a la condición de bestias.

El Hombre, porta-luz.

Todo ocurre como si el hombre llevara en él la energía del sol captada y almacenada por el vegetal y transmitida de un reino a otro. *Sólo el hombre ha sabido utilizar plenamente* esta energía. Pero propiamente hablando, tal energía es la luz. El hombre es pues *porta-luz*: si la palabra luz ha de entenderse tanto en el plano físico como en el espiritual. Así, las antiguas religiones, no veían solamente en el sol una fuente de energía física. Veneraban igualmente en él la luz-vida, de la que procede el alma universal.

Lo que equivale a asimilar al hombre mismo a Lucifer (*porta-luz*), el ángel rebelde, demonio del orgullo. ¿Qué hizo Lucifer? Quiso igualarse a Dios, liberarse de Dios, individualizarse en exceso, vivir por el "yo" y para el "yo". Pero acabamos de ver que la evolución de las especies ha ido en esta dirección y una vez formado este Ser-Rojo (el Hombre, Adán), ha rendido culto a su "Yo". Encontramos aquí de nuevo el símbolo del Arbol de la Ciencia o del Conocimiento. ¿Quién le sugiere pues a Eva (considerada como agente de corrupción encargada de tentar a Adán. Eva, el Eterno-femenino, podría llamarse también Maya o Ilusión)⁵, ¿quién le sugiere probar el fruto prohibido? Es la Serpiente, es el demonio, la Serpiente-Luz (hemos insistido en sus *ondulaciones*), la Serpiente-Sabiduría que ante los ojos deslumbrados de Eva y de Adán, crea la ilusión de que, al conocer el Bien y el Mal, serán semejantes a Dios. Al morder el fruto prohibido, Adán se identifica con Lucifer. El símbolo de la caída y el símbolo de la rebelión de los Ange-

⁵ Según las tradiciones de la Cábala, Adán era primitivamente andrógino. Eva fue sacada de una de sus costillas o, más exactamente, fue formada de la mitad de Adán. Ella se convirtió en su *mitad*, es decir en su parte *material* (prima materia). Adán es fuego y espíritu; Eva, materia y agua. En este sentido, ella se identifica con Isis, Rea, Demeter, Cibele, Maya, Venus, etc. A la vez que pecado de orgullo, el delito de Adán traduce la caída del espíritu en la materia.

les expresan bajo dos formas diferentes una misma cosa. Ante todo, el *pecado original* es el *pecado del orgullo*, que debemos a nuestra naturaleza adamita o *roja*. Nuestra fuerza se convierte en nuestra debilidad. La *conciencia* que nos distingue de las formas inferiores de la vida, nos impele a *endiosarnos* y por esa razón, al hacernos ilusiones sobre nuestros límites, no podemos continuar aquella ascensión hacia Dios, esbozada en la misma naturaleza animal.

Ahora bien, ¿qué nos propone la religión cristiana para librarnos del pecado original, es decir de aquella ley del orgullo del Hombre-Rojo? El bautismo, es decir, la purificación por el agua *verde* y, por esa razón, la iniciación a una forma de vida donde la roca estéril del "Yo", será quebrada y donde la unión con Dios volverá a ser posible, donde el exceso del *Rojo* (en cuanto a Amor de Sí mismo) se corregirá por el *verde* de las aguas bautismales. . .

Crecimiento y gigantismo, Fenómenos del signo Azul-Verde.

"Lo que hace del ser complejo un sistema coherente, un todo, un *individuo*, decía Claude Bernard, es la subordinación de las partes al todo. Es así como se establece la *unidad* en el ser vivo. Lo menos acentuado en las plantas es la unidad. Igualmente, en los animales inferiores, las partes aisladas pueden incluso vivir separadas del resto del organismo, como sucede en las hidras y en las planarias". Esta cita resume en términos de una claridad deslumbrante las consideraciones que acabamos de desarrollar. Antes de seguir nuestras investigaciones, guiados por el hilo de Ariadna de los colores, conviene, en efecto, "anotar el punto", como dicen los marinos.

El vegetal es un ser menor que depende directamente de la energía solar. No vive sino por ella y sólo en la medida en que ella lo baña con sus rayos. Como el niño, que depende estrechamente de su madre o de su nodriza, el vegetal, que representa la primera fase y, podría decirse, la infancia de la biosfera, depende del sol. Su color *verde*, indicativo de su necesidad de radiaciones complementarias del *verde* (rayos rojos) basta para enterarnos de su función *endotérmica*.

El vegetal utiliza la energía solar para transformar la materia inorgánica en materia viva. Tiene el poder fundamental de asimilar.

Al no estar limitado en cuanto a la forma, puede alcanzar un desarrollo considerable. En él, la *unidad* de que habla Claude Bernard está reducida al mínimo, por lo que puede permitirse dimensiones gigantescas. Entre las especies vivas, el vegetal es el que supera, de sobra, la marca del tamaño y del volumen. Pero ya se trate del reino vegetal o del animal, comprobamos que el —gigantismo— tiene por condición la vida de signo *verde*, una forma de vida en que los fenómenos de asimilación y de aumento de substancia superan los fenómenos de signo *rojo* —combustión y pérdida de substancia—. Es evidente que la *unidad* y, por lo tanto la conciencia y la personalidad (flores supremas de la unidad) unidas a los fenómenos de signo rojo, son incompatibles con el desarrollo celular y el crecimiento. Hay que elegir entre Materia y Espíritu. Y esta elección es la que vemos manifestarse en muchos mitos y símbolos. Los gigantes de nuestras fábulas, Titanes, Cíclopes, etc., personifican con fuerzas naturales⁶, aquella forma primitiva de la vida de prelación a la *Materia* sobre el *Espíritu*. Entendámonos bien. En cualquier parte donde haya *vida* hay *espíritu*, según nosotros: No obstante los dos términos son sinónimos: Perder la vida es también perder “sus espíritus”. Pero este espíritu puede estar *oculto*. Oculto en el vegetal, visible en el animal, manifiesto en el hombre. En este caso, lo que importa es el grado de su manifestación. Así, los mitos que nos cuentan historias de gigantes vencidos por hombres astutos y osados como Ulises o David, hacen alusión a esta supremacía del Espíritu. Los grandes reptiles de la Era secundaria, gigantes *de cabeza minúscula*, fueron eliminados por la competencia vital. ¿Cómo no reconocer en las numerosas leyendas que nos representan dragones, Tarascas, monstruos gigantes vencidos, ya por caballeros de corazón puro, ya por el Arcángel San Miguel, y hasta por santos, un “recuerdo” de aquel período geológico?

Por otra parte, esta interpretación de aquellas leyendas no excluye de ningún modo la que las relaciona con fenómenos astronómicos. Y, según toda verosimilitud, estas dos versiones se superponen a la que ve en aquellos cuentos la victoria del Espíritu sobre la materia en el

⁶ Dijimos: “Es propio de los símbolos expresar verdades en diversos planos, exactamente a la manera de los *complejos* de los cuales los sueños son la manifestación. Hay siempre más cosas en un símbolo que lo que puede haber en un concepto.

fondo mismo de la conciencia individual. Todas estas interpretaciones se aclaran mediante un *arquetipo* común: la victoria de la luz (la conciencia) sobre las tinieblas.

Vigilia y sueño.

El crecimiento es pues de signo *verde* en oposición al movimiento, sujeto a una intensa combustión y, por consiguiente, de signo *rojo*. En el vegetal, el equilibrio entre el crecimiento y la respiración es permanente; en el animal, por el contrario, este equilibrio no existe más que en apariencia. El hombre y el animal superior oscilan entre la vida vegetativa, que implica el crecimiento, y la vida de signo rojo donde la *unidad* del organismo ha llegado a su máximo.

El estado de vigilia es la unidad y el hombre no está verdaderamente *despierto* sino cuando está consciente. (Admirable es la ciencia innata del lenguaje cuando dice que un niño inteligente es "despierto", "vivo"). Pero como la unidad no se realiza sino a expensas de las células, acumuladoras de energía, que termina por agotarse, el hombre experimenta muy pronto la necesidad de recargar sus acumuladores. Y la vigilia es seguida del sueño que, en comparación al primer estado, señala un cambio radical de signo. La actividad centrífuga y exotérmica tenderá, insensiblemente, hacia la actividad centrípeta y endotérmica. El hombre dormido pierde la conciencia y el "Yo". En ello el Sueño se parece a la Muerte. HYPNOS, el Sueño, era hermano de THANATOS, la Muerte.

Pero no es más que simulacro, ya que si el sueño tiene la facultad de alejar el "Yo", no tiene la de suspender completamente la vida orgánica. Y si interrumpe el ejercicio del "Yo", no lo hace sino para "re-cargar" las células en que el organismo podrá de nuevo alimentarse tan pronto como estén regeneradas.

El sueño, regreso a la vida vegetativa.

Considerado desde este punto de vista, el Sueño es un regreso a la vida vegetativa que permite el crecimiento o la regeneración de las células destruidas o agotadas. La vida del feto no es más que un largo sueño, interrumpido bruscamente por el doloroso despertar del naci-

miento. Este sueño ha sido la condición necesaria del desarrollo del organismo y la duración de la gestación es tanto más larga cuanto que el animal sea más voluminoso (elefante) o posea un sistema nervioso más complicado (hombre). También el niño, que aún está en vía de desarrollo, tiene gran necesidad de sueño.

Los hechos se encargan de confirmar este significado del sueño y de recalcar su carácter vegetativo, de *signo verde*, o *endotérmico*. La temperatura de los animales en hibernación, cuyo sueño se prolonga durante meses, desciende gradualmente hasta tener la del medio ambiente. Se convierten entonces en animales de temperatura variable, en animales de *sangre fría*, casi en vegetales. ¿No experimenta también el hombre, en su sueño, la necesidad de arrebujarse y de protegerse así de la difusión, es decir de la pérdida de calorías que ya no podría compensar una ganancia correspondiente? ⁷.

Al mismo tiempo, al atenuarse en el sueño la unidad del organismo, aquél rige fenómenos de reintegración celular comparables a los de la planta. Si se corta la cola de una marmota en hibernación, las células de este apéndice no dejarán de reproducirse, *lo que no sucederá en el animal despierto*.

El sueño es pues un retorno a la vida *difusa* del vegetal. Cuando dormimos, nuestro psiquismo no está abolido, ni mucho menos, pero nuestra *voluntad* o mejor dicho nuestra *atención* ("La atención, es la voluntad misma", anotó justamente Maine de Biran) está completamente inhibida. Nuestros *sueños* nos expresan. Pero no es ya nuestra voluntad quien los expresa. Hemos llegado a ser espectadores de nosotros mismos. No dirigimos ya la barca. No hay ya nadie en el puesto de pilotaje o, si hay alguien todavía, son nuestros demonios y las fuerzas buenas o malas, cuyos gritos durante la vigilia, eran ahogados por la voz del comandante. Nada de pensamiento lógico tampoco; puesto que el pensamiento lógico no se aviene sino con el estado de vigilia y la vigilia suprema que son la unidad del organismo y la personalidad, es decir, con la actividad *exotérmica*, cuya analogía con el fuego ha sido sentida en todas las edades de la humanidad.

⁷ Efectivamente la respiración disminuye durante el sueño. Para Empédocles y Parménides, el sueño equivale a un *enfriamiento*.

Del hombre a la flor.

Así, cuando decimos que el hombre, considerado como la cima de la evolución de las especies⁸, está marcado por el signo *rojo*, a la inversa de los vegetales de signo *verde*, es justo dar a esta afirmación el correctivo de que el hombre no se mantiene continuamente en este estado de conciencia y de sensibilidad donde disfruta (más o menos imperfectamente por lo demás) de su personalidad. Desde cierto punto de vista este estado es un *lujo* que la naturaleza no se puede permitir sino con intermitencias. Ocasiona tales gastos de energía, que no sería más que una *fogata de virutas*, como se dice, si él no fuera compensado por el sueño, retorno a la vida vegetativa, que se manifiesta en el eclipse del "Yo".

Recíprocamente, hemos visto que también el vegetal ha hecho tentativas para "cambiar de signo", para seguir de la somnolencia perpetua donde su naturaleza lo ha aislado, y es así como llegamos al estudio del significado de la flor. Es el estudio de la flor el que nos abrirá un sendero en el dominio de la sexualidad, considerada en sus relaciones con los colores.

La flor no es de signo "verde".

La función *endotérmica* de la clorofila, por una parte, la falta de unidad orgánica que se manifiesta con un desarrollo asimétrico, por otra, nos parecen buenas características del reino vegetal. Pero la *flor*, es decir el órgano reproductor de las plantas *angiospermas* (del griego AGGEION, recipiente y SPERMA, semilla) no responde a estas características.

La *flor*, cuyos vivos colores, formas regulares y armoniosas, en fin su olor perfumado ha ejercido siempre sobre el hombre una impresión profunda, es de aparición relativamente tardía en la historia de la Tierra ya que no encontramos trazos de *verdaderas flores* durante toda la Era primaria que fue, en gran manera, el período geológico más extenso. Durante estas primeras edades, los criptógamos y las plantas gimnospermas (de semillas desnudas) se repartieron los continentes.

⁸ Al menos en la Tierra, pues ignoramos absolutamente si existen en otros planetas, formas de vida mucho más evolucionadas que la del hombre.

Pero con los tiempos secundarios, aparecen aquellos órganos de forma tan delicada y de colorido tan variado que parecían las mismas hijas de la luz. En ellas, encontramos las características de la *forma* que es uno de los atributos de la vida superior y *exotérmica*.

En efecto, la flor tiene una temperatura siempre superior al resto del vegetal. Al respirar mucho más enérgicamente que las otras partes de la planta, es sede de oxidaciones relativamente intensas y encontramos allí una de las particularidades del animal y del hombre⁹. Es también en ella donde el vegetal manifiesta la más viva sensibilidad.

De ningún modo es caer en un antropomorfismo infantil afirmar, como lo hizo Goethe en su "Tratado de los colores", que la flor es la manifestación más perfecta del mundo vegetal.

Se sabe que para el gran pensador alemán, la Naturaleza era un artista y este postulado se ha prestado a muchos comentarios no siempre benévolos. Pero cuántos han condenado esta proposición sin haberla comprendido.

En primer lugar, este pensamiento de Goethe se relaciona con una vasta y fructuosa tradición que pasa a través de los iniciados de antiguas religiones, a través de Pitágoras, Platón, y, podría decirse, de todos los espiritualistas de todos los tiempos. Ver realizar en la flor, como lo decía Goethe, la Forma, es decir la Belleza, y comparar, como él lo hacía, la flor con dioses griegos, esculpidos en mármol, equivaldría a expresar uno de los fines de la vida: la suprema *eficiencia* y la expresión de todas sus virtualidades. La flor se opone a la *deformidad* —que es propiamente hablando la ineficacia— como el dios griego se opone a un monstruo o a un aborto.

La *forma*, hemos visto, es la garantía de la conciencia, pudiendo significar esta palabra tanto la conciencia intelectual como la conciencia moral. Es decir que la Ética y la Estética se identifican en el respeto de la *Forma*, que es a lo físico lo que la conciencia es a lo moral, la plenitud de la unidad y de la armonía de las partes.

La *forma* lleva la marca indeleble del *Anima*, del alma.

⁹ En las flores de ciertas palmeras se ha comprobado un exceso de temperatura de 10 grados centígrados. Esta particularidad aproxima pues la flor a la sangre roja de los vertebrados, y más particularmente de los animales de temperatura constante. En alemán, las palabras "Blume" (flor) y "Blut" (sangre) tienen el mismo origen.

Antagonismo coloreado de los sexos.

¿En qué condiciones nace la flor? Se dice que la flor, o más exactamente, las diversas partes de ella, son hojas transformadas. El cáliz se compone de *sépalos* que, casi siempre, son especies de hojas coloreadas de *verde* por la clorofila. Los *pétalos*, que forman la corola, presentan generalmente tintes vivos; y son los *pétalos* los que se convierten en *estambres*: órganos masculinos de la flor. Los carpelos, órganos femeninos, son estambres transformados.

Ahora bien, es particularmente significativo el cambio de color que acompaña estas transformaciones. Cuando los pétalos del nenúfar van a transformarse en estambres, una mancha *amarilla* anuncia la modificación de las formas. Al contrario, se encuentran en los ovarios, parte prominente del carpelo que contiene el óvulo, pigmentos clorofílicos que no se encuentran nunca en los estambres. La semilla de polen (de la que todos conocemos el bello color amarillo) que es la célula generadora masculina, presenta particularidades que la emparentan con el reino animal. En el saco polínico, la célula generadora afecta movimientos amiboideos. Los estambres mismos se entregan a movimientos espontáneos en ciertas especies como el *agracejo*. Finalmente, el desarrollo de las formas masculinas está ligado a la luz¹⁰. En cambio, la supernutrición de la planta ocasiona la metarmofosis regresiva de los estambres y la producción de pétalos más numerosos en la periferia de la flor.

Así, incluso en el vegetal, vemos que la sexualidad masculina corre pareja con la movilidad, y rompe con la vida vegetativa mientras que la sexualidad femenina, por el contrario, se acomoda a ese modo de existencia.

En los mismos vegetales inferiores, vemos que las células masculinas, los *anteridios* o *anterozoides* van al encuentro de la célula femenina u *oosfera*. Esta es en general, *verde* o *verdosa*, mientras que los anteridios son *rojizos* o *rojos anaranjados* como en las algas. En los helechos, la pequeña lama verde engendrada por una espora, produce

¹⁰ Las especies que viven aún en la oscuridad o en la semioscuridad no pueden reproducirse. La reproducción está ligada a la luz y, a este respecto, no puede ser indiferente que los hongos tengan una forma de parasol, que las flores se vuelvan a veces hacia el sol, y estén dispuestas en umbelas, etc.

a su vez células sexuales. Y este *protalo* es a veces unisexuado masculino, así haya estado expuesto a la luz plena, o se hubiera desarrollado en un medio muy pobre en nitrógeno. Es por el contrario *bermafrodita* (es decir que contiene también células sexuales femeninas) cuando se desarrolla en una semi-oscuridad.

Podríamos multiplicar los ejemplos que muestran que en el mismo reino vegetal los principios *masculino* y *femenino* se refieren a arquetipos netamente definidos. Los agentes de la sexualidad masculina son en *general* (como se observa fácilmente en los *anterozoides* de las algas marinas) muy pequeños en comparación con las células femeninas (las oosferas) pero, en cambio, están dotados de una extrema movilidad. Los anterozoides de las algas marinas, por ejemplo, disponen de dos látigos vibrantes que les permiten dirigirse infaliblemente hacia la *oosfera* tan pronto como la proximidad de esta última lo permite¹¹.

Vemos, además, que la coloración verde, distinta de la actividad endotérmica del vegetal tiende a desaparecer con la sexualidad masculina mientras que subsiste en las células femeninas¹². Vemos, finalmente, que la *frescura*, la *sombra*, son atributos del sexo femenino, mientras que la *luz* y el *calor* favorecen al otro sexo¹³.

No queremos hacer pesada esta demostración de carácter un poco técnico, pero debemos agregar, sin embargo, que la sexualidad masculina corre habitualmente pareja con un proceso de *deseccamiento*, proceso cuyo *signo* pasa del *verde* al *rojo*. La sexualidad femenina implica desarrollo celular, el *agua*, la *materia* (MATER y MATERIA) y por consiguiente *pasividad* e *inmovilidad*. La sexualidad masculina expresa *movilidad*.

¹¹ Así, a este nivel de la evolución, encontramos en los gérmenes masculinos las características de los *espermatozoides* de los vertebrados, del hombre.

¹² Esta ley se extiende al mismo reino animal, como lo hemos visto a propósito de las *crisomélicas*.

¹³ "PHALOS" que en griego designa el órgano masculino tiene igualmente el sentido de luminoso y brillante.

Breve incursión en el mundo mineral.

Esta imagen que nos presentan los vegetales, ya sean éstos vegetales inferiores con sus pequeños *anterozoides* y su *oosfera* relativamente voluminosa, o las flores de los vegetales superiores con su semilla de polen, sus estambres en movimiento y su óvulo inmóvil y macizo, esta imagen la encontramos en el reino animal. ¿No sería posible comparar previamente ese fenómeno con el que sucede en la intimidad del átomo?

Hoy se admite generalmente que el átomo está constituido por un núcleo inmóvil (cargado positivamente de una masa sensiblemente igual a la masa misma del átomo) alrededor del cual gravitan, como los planetas alrededor del sol, los *electrones* cargados negativamente y cuya masa es siempre inferior al milésimo de la del átomo. Así, la noción de *masa* corresponde al núcleo cargado positivamente, mientras que los electrones cargados negativamente, imponen al espíritu la idea de movilidad.

Si se profundiza este punto, se observará que los *metales* que en la tabla de MENDELEIEFF ocupan las columnas de la izquierda, presentan una carga positiva mientras que los *metaloides* que ocupan las columnas de la derecha, presentan una carga negativa en relación con el número de sus electrones planetarios.

Los metales que son en general de color *frío* (con excepción del oro y del cobre) evocan por consiguiente la idea de *feminidad*, en tanto que los *metaloides* con sus colores cálidos, hacen pensar inevitablemente en la sexualidad masculina. Convendría pues asombrarse de que los alquimistas se hayan representado la gran obra bajo el símbolo de la unión sexual entre el Rey, es decir el Azufre y la Reina, es decir el Mercurio? Es indudable que en esta circunstancia, los mismos nombres del Azufre y del Mercurio, eran símbolos, o, mejor dicho, *arquetipos*. Por otra parte ¿esta noción de *arquetipo* químico no se desprende acaso de la clasificación periódica de los elementos universalmente adoptada, donde vemos que los átomos se corresponden por columnas verticales y todos los elementos de una misma columna presentan propiedades y un *espectro* análogos?

Y antes de abandonar la tabla de MENDELEIEFF, es por lo menos curioso notar que esta tabla, con sus siete columnas, presenta una gama de propiedades comparable, en muchos aspectos, a la gama de

siete colores del espectro solar, e incluso a la gama sonora, ya que los colores cálidos y los sonidos graves ocupan la parte derecha de la tabla y los colores fríos y los sonidos agudos, la parte izquierda. Esta tabla podría corresponder a varias *octavas* de la gama de los sonidos e incluso a varias octavas de la gama luminosa si hiciéramos penetrar allí las luces invisibles.

Oposiciones y diformismo sexuales.

La imagen del electrón, *móvil*, cargado de electricidad negativa, que se opone al núcleo *inmóvil* del átomo, cargado positivamente, la encontramos, en virtud de las leyes de la analogía, en el comportamiento recíproco de los gametos de los animales. Al nivel del mundo vegetal, habíamos ya observado, por una parte, la oposición entre los pequeños anterozoides, y, por otra, la oosfera, relativamente voluminosa; entre la semilla de polen y los estambres *en movimiento*, por una parte, y el óvulo inmóvil y macizo, por otra. Esta oposición no es menos acentuada entre las especies animales superiores.

Consideremos, por ejemplo, el espermatozoide humano. Es relativamente pequeño, mientras que el óvulo es relativamente grande.

El espermatozoide es móvil; el óvulo inmóvil.

El espermatozoide es ácido; el óvulo es básico.

El espermatozoide tiene electricidad negativa; el óvulo positiva.

En una corriente eléctrica, los espermatozoides se dirigen, en efecto, hacia el ánodo, mientras que los óvulos van hacia el cátodo.

Así, esta oposición, incluso desde el punto de vista químico y eléctrico, no podría sorprender, ya que la cabeza del espermatozoide está ocupada casi enteramente por el núcleo de la célula cuyo carácter es francamente ácido. En cambio, el óvulo es sobre todo rico en citoplasma, que presenta una reacción alcalina.

Tampoco carece de interés comparar entre sí las formas de los gametos, puesto que el espermatozoide, con su apariencia flagelada, se aproxima a la derecha, mientras que el óvulo, que es redondo, hace pensar en la esfera o en el círculo. Se aprecian aquí las tendencias opuestas de *desenvolvimiento* y de *envolvimiento*, movimientos primordiales a los cuales consagramos todo un capítulo de este libro.

Siendo en general la movilidad y la actividad atributos del macho, no ha de sorprendernos que sea el macho quien *busque* a la hembra como el anterozoide o el espermatozoide *buscan* al gameto femenino.

El hecho se comprueba no solamente en el plano físico sino también en el plano psicológico. Así el *músculo*, instrumento de movimiento y de actividad, es dado sobre todo en herencia a los individuos masculinos. El músculo, que supone una intensa oxidación y reacciones exotérmicas, es esencialmente de signo *rojo*. La palabra latina *musculus* (músculo) es, con una letra de diferencia, la misma que *masculus* (macho).

La anatomía comparada del hombre y de la mujer confirma en aquel el predominio del músculo, mientras que en ésta es la *grasa* la que tiene tendencia a desarrollarse. Se sabe que en el hombre que pierde su virilidad (los eunucos, por ejemplo) o aquellos que por una serie de insuficiencias glandulares tienen una virilidad disminuida, la grasa invade fácilmente los tejidos, la voz se agudiza y el pelo cae.

Y lo que es cierto en la especie humana lo es también en los animales superiores. Baste invocar el ejemplo de los capones ("El buen gallo no es nunca gordo" dice el proverbio), y, en general, de todos los animales castrados. Detalle sintomático, *el capón tiene una temperatura medio grado menor que la del gallo*. Es menos *rojo* que éste.

Igualmente es privilegio del macho estar dotados por la naturaleza de colores brillantes o de un sistema piloso más rico, como lo atestiguan la barba y los bigotes del hombre. Todos conocen la extraordinaria riqueza del plumaje de ciertos pájaros machos, como el ave del paraíso, el pavo real, el gallo, mientras que sus hembras no poseen más que un plumaje gris o mate. El mismo "diformismo" en las mariposas. A veces, es por los órganos sonoros como el macho manifiesta sus prerrogativas como se comprueba en el ruiseñor o la cigarra. Ciertos insectos tienen alas cuando son machos, y carecen de ellas si son hembras.

El rojo y el negro.

¿Cómo no hacer una comparación entre esa profusión de colores que sólo beneficia al sexo masculino y los tintes vivos de las flores? Pero en numerosas especies, el macho, como la flor, no es más

que un instrumento transitorio de la conservación de la especie ¹⁴. Una vez fecundado el óvulo, la flor se seca y muere. Una vez cumplida su tarea de fecundar, el macho está condenado a desaparecer. Los machos de varias especies de insectos mueren después del acto sexual, como en el caso de las hormigas, cuyos machos alados no sobreviven a su vuelo nupcial. Nadie ignora las costumbres de la mantis religiosa que devora al macho durante el acoplamiento. El amor es siempre el que alberga la Muerte, como la llama anuncia la ceniza de la cual es residuo. El Rojo, símbolo de la vida activa, de la vida pródiga, desemboca en el negro como si una fatalidad que pesara sobre todas las cosas hiciera que en su última expresión, ellas debieran cambiarse en su contrario. "Los extremos se tocan", afirma la Sabiduría popular. Pero este aforismo es más verdadero y más profundo de lo que comúnmente se piensa. El paso del *rojo* al *negro* se observa en la evolución de los astros, en la de los frutos (de lo que ya tendremos de nuevo ocasión de hablar) y en las combinaciones de la química.

El *Rojo*, símbolo y expresión del "Yo" que es también el símbolo y la expresión de sexualidad masculina, implica pues una idea de prodigalidad, de pérdida de substancia que puede ir hasta la pérdida de la vida misma. Encontramos aquí las características ya señaladas de los colores *cálidos* que implican consumación y pérdida de substancia, en oposición a los colores fríos que implican *asimilación* y ganancia de substancia.

En el juego del amor, impuesto por la Venus luciferina (PANDEMOS), el hombre, sin saberlo, no es más que un instrumento de la especie. Cuando cree que ha llegado a la expresión suprema de su "Yo" no es más que para desear el aniquilamiento. El amor es una especie de suicidio. Pero una vez desaparecida la embriaguez, el hombre experimenta, en ocasiones, el sentimiento ingenuo de un engaño. Su despecho se expresa tanto en los versos desengañados de los poetas como en ciertos dichos populares. Inculpa entonces a la mujer, a la que acusa de haberlo engañado atribuyéndole a la Eva eterna una claridad en sus designios que no podría ser, a todas luces, más que el pri-

¹⁴ No es fortuita la analogía de las plantas "flores" y "llama". A este respecto conviene recordar lo dicho por Rodin: "Toda cosa no es más que el límite de la llama a la cual ella debe su existencia".

vilegio de la especie. Resulta que el sentimiento masculino está hecho, a la vez, de cándida admiración por la mujer, y de desprecio por ella. Para su compañero, ella es ángel o demonio y raramente mujer, es decir, ella también, instrumento de fuerzas superiores.

El dualismo universal.

Lo que conviene retener de este capítulo, antes de pasar al estudio del color *rojo*, es que la evolución de las especies, por una parte y la sexualidad, por otra, son fenómenos que se esclarecen mediante el examen de los colores.

Lo que la Simbología nos enseñó de las relaciones entre el color verde (o azul) y el sexo femenino nos ha sido confirmado por la misma Historia Natural. Hay una analogía de hecho entre la sexualidad femenina, la pasividad, la vida vegetativa y endotérmica, la juventud y la infancia, el agua, la primavera, la frescura¹⁵, la sombra, el vacío, el crecimiento celular, la grasa y la materia, así como lazos estrechos unen la actividad, la movilidad, la sexualidad masculina, la vida ardiente y exotérmica, la madurez, el fuego, el verano y otoño, la sequía o al menos el desecamiento, la luz, el desprendimiento o la pérdida de peso, el músculo, el espíritu.

La primera de estas series está simbolizada por el verde-azul, la segunda por el rojo. En el vegetal, la claridad, el desecamiento favorece a la flores de tintes vivos, mientras que la humedad favorece el desarrollo de las hojas. La mujer vieja (y en ciertos aspectos agostada) a menudo ve desarrollarse en ella caracteres secundarios sexuales masculinos: bigote, barba, voz más grave, en tanto que sus caracteres sexuales femeninos desaparecen. Lo mismo ocurre en los animales. Es así como las viejas faisanes se masculinizan. ¿Qué poetas no han comparado a la Mujer con el Niño? Su aspecto, su voz, sus gustos, los acercan uno a otro. Física y psicológicamente, la analogía se justifica de modo amplio. La sexualidad masculina, como la flor, como los animales de sangre caliente, corresponden a un grado relativamente avanzado de la evolución. Ley de los organismos primitivos parece ser

¹⁵ Para Empédocles, las hembras nacen del frío y los machos del calor.

la *isogamia*, es decir, la identidad absoluta de los gametos masculinos y femeninos.

La sexualidad masculina, simbolizada por el rojo, expresa la fuerza. Tiene igualmente por emblema, la línea vertical, imagen del hombre despierto. Por el contrario, la línea horizontal que recuerda todo lo que cede a la gravedad, todo lo que se abandona es la imagen del hombre acostado y dormido, de la vida vegetativa y de la sexualidad femenina.

Un triángulo equilátero con la punta arriba, simboliza la actividad masculina, el fuego y el Yang.

Un triángulo equilátero con la punta abajo, simboliza la pasividad femenina, el agua y el Yin.

La superposición de estas dos figuras reproduce el "sello de Salomón", la estrella de seis rayos conocida ya por los Egipcios, que expresa, en suma, la misma idea simbólica que el signo del Yang-Yin sobre todo si el triángulo que tiene la punta arriba está dibujado con trazos blancos mientras que el negro está reservado al que tiene la punta abajo.

A decir verdad, estos dos triángulos no son más que la estilización, el uno de la línea vertical, e incluso de un ángulo que tiene la punta arriba \wedge , símbolo de la "inspiración"; de la elevación hacia el cielo y del Espíritu; el otro, de la línea horizontal o del ángulo con la punta abajo \vee emblema de la "respiración", del "vaso", del órgano sexual de la mujer y de la Materia. Reconocemos en este último signo el V latino y la cifra 5.

VI

COLORES CALIDOS: DEL ROJO

La simbología del fuego.

Después de haber definido, en el capítulo anterior, todas las principales características del color rojo, nos resta confrontar nuestras propias conclusiones con las enseñanzas de la simbología.

El rojo es el color del *fuego* y de la *sangre*.

El *fuego* y la *sangre* se presentan con un *arquetipo* común: la combustión, la unión del carbono con el oxígeno del aire.

Las analogías existentes entre el fuego y la vida que, salvo raras y omisibles excepciones, tienen por condición misma la combustión catalítica de los tejidos, fueron sentidas en todos los pueblos con bastante anterioridad a los descubrimientos de Lavoisier. En todas partes, las tradiciones antiguas establecen que el fuego ha creado el mundo y que debe destruirlo. Prometeo arrebató el fuego celestial para donarlo a los hombres. Para castigarlo por este crimen, HEFESTOS (el Vulcano de los Latinos) le encadena por orden de ZEUS, a una roca del Cáucaso donde un águila le roe el hígado.

¿Pero qué personifica el mismo HEFESTOS, que se confunde más o menos con el dios egipcio PTAH? El fuego terrestre, el fuego *interior*, agente misterioso de la vida. En su fragua subterránea del Olimpo fabrica a PANDORA, la mujer que trae a los hombres, en un *vaso* simbólico, todos los males de la humanidad, a los cuales se había adherido muy felizmente la ESPERANZA. Así, Vulcano el forjador, es también creador de vida. Es el marido de Venus y su matrimonio simboliza la unión universal y antinómica del agua (verde) y del fuego (rojo).

Pero este poder creador del fuego es también un poder destructor y Vulcano, en este sentido, y según ciertas tradiciones, no deja de tener analogías con CAIN, el homicida de ABEL.

El *fuego*, o más exactamente la llama, ha impresionado al espíritu humano por su carácter animado, multiforme, su forma *vertical* que sugiere ideas de fuerza y actividad. El *fuego* no es necesariamente rojo y se sabe que cuanto más caliente es una llama, es menos roja. Pero los rayos rojos e *infra-rojos* son precisamente los que dan la sensación y producen los efectos del calor. No es pues sorprendente que para la tradición, el rojo simbolice el calor como el blanco simboliza la luz. La llama vive de su movimiento, su chisporroteo que llega a ser un lenguaje, su fuerza expansiva, su brevedad misma que nos induce a conferirle el valor de las cosas efímeras.

PLOTINO (*Enéadas*, libro VI, capítulo III) no vacila en hacer del fuego uno de los arquetipos de la Belleza.

“El fuego es más bello que los otros cuerpos, escribe, porque su forma supera la de los otros elementos, porque su dirección indica altura y porque es el más ligero de todos los cuerpos y el más próximo

de aquello que es incorpóreo. Y no admite en él a otros elementos (tierra, agua, aire), mientras que los otros le acogen dentro de sí, porque estos se calientan, pero él no se enfría, y en cambio tiene calor y brilla y esclarece, como forma que es (no materia), y lo que él no domina, lo que está viudo de su luz, ya no es bello, pues no está poseído por esta forma del calor”¹⁶.

En este pasaje, PLOTINO observa muy bien dos de las principales características de la llama: su dirección *vertical* y el hecho de que su color es un *color-luz*. Se trata en este caso de un espectro de emisión, y no de un espectro de absorción.

El fuego como la Vida esparce a la vez beneficios y destrucción. Es una fuerza necesaria pero terrible. En las Indias, es SIVA, el dios que ha creado el mundo y que lo consumirá.

Composición de la sangre.

Por su parte, la sangre, cuyo bello color rojo no ha dejado de impresionar nunca a los hombres, ha sido siempre considerada como el vehículo mismo de la vida. Perder su sangre es perder su vida y, en todos los tiempos, se le han atribuido poderes misteriosos y la propiedad de exhalar el flúido vital.

En realidad, ¿qué se sabe de la composición química de la sangre? El plasma, líquido de la sangre, contiene en disolución gases y sales minerales tan numerosos como variados. No deja de tener analogías con el agua del mar, lo que ha podido dar a René Quinton la idea de su teoría según la cual la parte líquida de la sangre de los animales superiores y del hombre mismo, sería el vestigio del agua de los mares primitivos, fuente de toda vida sobre la tierra y origen de las especies. La temperatura de la sangre de los animales de sangre caliente no sería, según esta teoría, sino la temperatura, conservada como en vaso cerrado, de los océanos donde nacieron las primeras formas vivas.

Sea cual fuere esta hipótesis, aquel líquido transparente e incoloro lleva en suspensión glóbulos rojos o *hematíes* y glóbulos blancos o *leucocitos*. No tomaremos en cuenta estos últimos para ocuparnos solamente de los glóbulos rojos, verdaderas células que se presentan ba-

¹⁶ Traducción del Abate Alta.

jo forma de discos bicóncavos de siete micrones de diámetro (el micrón es la milésima parte del milímetro). El protoplasma de esas células está impregnado de *hemoglobina*, substancia albuminoide roja que debe su color al átomo de *hierro* contenido en su molécula. Esta molécula es una de las estructuras más complejas, y ya hemos tenido ocasión de compararla con la de la clorofila. Se ha propuesto la fórmula siguiente para la hemoglobina del perro:

758	1203	195	3	218
C	H	Az	S	FeO

La "combustión vital".

La hemoglobina tiene por misión transportar el oxígeno en la intimidad de los tejidos. Al nivel del pulmón y de la piel (pues respiramos igualmente por la piel), se une al oxígeno del aire para formar la oxihemoglobina. Al nivel de los tejidos, este oxígeno se combina con el carbono de las grasas o de la glucosa para dar nacimiento al anhídrido carbónico (CO₂). Este gas viene unido a la hemoglobina de la carbo-hemoglobina, combinación poco estable llamada a disociarse en los pulmones para poner al gas carbónico en libertad. Tal es, muy rápida e imperfectamente esquematizado¹⁷, el fenómeno de la *respiración* que desarrolla la energía necesaria para la vida y cuyo origen, según vimos, no es otro que el carbono tomado de los vegetales bajo forma de alimentos. Pero si se conoce la marcha general del fenómeno, éste ha de esclarecerse en todos sus detalles. La *combustión*, en condiciones ordinarias, no es posible sino a temperaturas muy altas. ¿Qué hacemos cuando queremos quemar una hoja de papel? Acercamos un fósforo encendido o cualquier otra fuente de calor. Solo esta alta temperatura permite la unión del carbono contenido en la celulosa con el oxígeno del aire. Una vez puesto en marcha el fenómeno, podemos, por otra parte, retirar nuestro fósforo puesto que la reacción es *exotérmica*, y depara por lo tanto calorías suficientes para que el proceso continúe progresivamente a través de la hoja de papel.

¹⁷ Hemos omitido particularmente, por afán de simplificación, el papel importante que en ello desempeña el hidrógeno.

En la economía de nuestro organismo, la *combustión* del carbono toma un carácter diferente. La temperatura de nuestro cuerpo, por elevada que sea, no puede compararse en modo alguno con la de una *llama* de fósforo. Sin embargo, la combinación: carbono + oxígeno se produce gracias a la presencia de cuerpos catalizadores que las glándulas de secreción interna, como la tiroides y el páncreas, vierten en la sangre. Es así como se ha podido comparar el cuerpo tiroideo, órgano colocado en el interior de la laringe y de la tráquea, con un fuelle de forja que sopla con más o menos intensidad sobre el fuego de la combustión vital. Su hiperfuncionamiento acrecienta el volumen de los cambios y entraña una disminución del peso, su hipofuncionamiento tiene como consecuencia, por el contrario, un aumento de peso.

Es bueno subrayar, de paso, que la rapidez del pensamiento está ligada al buen funcionamiento de la glándula tiroides; su atrofia ocasiona, con toda clase de trastornos orgánicos, la idiotez y el infantilismo. De este modo encontramos, a propósito de esta glándula, estrecha conexión entre la intensidad de la combustión vital, por una parte, y la sensibilidad¹⁸ y el pensamiento consciente, por otra. Este último es de claro signo *rojo* y se orienta en el sentido de la exotermia.

En cuanto al hierro, presente en la molécula de la hemoglobina, desempeña el papel que le asignan sus afinidades químicas. Avida de oxígeno, forma con él sales férricas (Fe_2O_3) que son *amarillas o rojas*. Son las sales que dan a las rocas que contienen hierro su coloración rojiza. En estado cristalino, las sales ferrosas (FeO) son, generalmente, verdosas, e incoloras después de ser desecadas. Se alteran poco a poco al contacto con el aire del que extraen el oxígeno.

Así, lo que da a las sales ferrosas su color rojo, es menos el hierro que el oxígeno, cuyo análisis espectral, muestra precisamente sus afinidades con el rojo.

Color de las arterias y de las venas.

Igualmente, la sangre, uno de cuyos papeles esenciales es ser vehículo del oxígeno (que los alquimistas llamaban *aire de fuego* mucho

¹⁸ La hiperexcitabilidad, la ansiedad, la hiperemotividad, son otros tantos fenómenos que acompañan al hiperfuncionamiento de la glándula tiroides.

tiempo antes de Lavoisier) es tanto más roja cuanto más oxígeno contenga. La sangre venosa (que ha perdido su oxígeno) presenta un espectro de absorción diferente del de la sangre arterial. Mientras que en esta última se comprueba la extinción casi completa de todos los rayos más refrangibles a partir del azul, en el espectro de la sangre venosa vemos que la sombra ha retrocedido hacia el violeta de manera que hay más transparencia para los rayos azules.

De ello resulta que el circuito sanguíneo cierra un ciclo luminoso al mismo tiempo que uno químico. La sangre *roja* en presencia del oxígeno que ella trae en su molécula de hemoglobina, tiende a volverse *azul*, después de haber cedido este oxígeno. Esta sangre venosa está entonces lista a recibir oxígeno (rojo), como todo color absorbe su complementario.

Aquel signo luminoso, sintomático de las necesidades de la sangre, se encuentra de nuevo en la red de los vasos por los cuales circula. Las arterias que conducen la sangre oxigenada son amarillas; en cambio, las venas por las que circula la sangre que ha perdido su oxígeno son azulosas.

Entre los tejidos, aquellos que se muestran más ávidos de oxígeno son los músculos, cuyo color rojo y el significado *exotérmico* han atraído ya nuestra atención. Vienen en seguida, en orden decreciente de necesidades de O, los nervios, las glándulas y los huesos.

Por cada kilo de su peso, el hombre *despierto* absorbe en una hora 300 centímetros cúbicos de oxígeno; el lagarto, 130 centímetros cúbicos; la rana 30 centímetros cúbicos solamente.

Además de los intercambios químicos de los cuales acabamos de esbozar el mecanismo, ¿la sangre no preside acaso intercambios de energía radiante que desempeñaría un papel en la economía del organismo? Se supone que las radiaciones emitidas por el potasio, metal radioactivo que contiene la sangre, proporcionan la energía necesaria para las contracciones rítmicas del corazón. Es indudable que el papel de la sangre está lejos de haber sido completamente dilucidado.

Simbología del corazón.

La sangre roja y caliente del hombre y de los animales superiores evoca fatalmente en el espíritu la idea del corazón que la propaga a borbollones por todo el cuerpo. La idea de vida asociada a la idea de sangre, no está menos asociada a la idea del *corazón*. El *corazón* es el

índice mismo de la vida ya que por sus latidos se comprueba la existencia.

La vida no implica necesariamente la presencia de un corazón. Los vegetales no lo tienen ni tampoco los animales muy inferiores. Pero la vida muy jerarquizada, es decir, muy individualizada, no podría prescindir de él. El corazón es el *músculo* por excelencia. Está, por así decirlo, en el extremo del *rojo*. Ni siquiera en el sueño deja de latir (si bien entonces sus pulsaciones se retrasan). Simboliza la vida, o más exactamente el ardor, el calor de la vida, la pasión, la embriaguez misma. La cabeza es la sede de la Sabiduría, y del cerebro de Júpiter salió Minerva plenamente equipada. Pero el corazón es la sede del Amor, que no nos viene de la cabeza, incluso cuando su cualidad lo convierte en la flor suprema de las manifestaciones humanas. (Caridad, Amor divino).

¿No debemos distinguir entre el corazón, órgano que tenemos en nuestro pecho, y el *corazón* metafórico del cual nos habla Pascal y en el cual piensa el público cuando emplea locuciones como “tener corazón”, “tener buen corazón”, etc.? Muchos se sorprenderán de que podamos plantearnos la cuestión: a tal punto parecerá evidente que el corazón es una simple imagen sin relación alguna con el músculo cardíaco. Sin embargo, no es esta la opinión de Claude Bernard, quien estima que las locuciones populares expresan casi siempre una profunda realidad. Evidentemente, el corazón no engendra los sentimientos, así como el cerebro no engendra el pensamiento. Pero el corazón depende estrechamente del sistema vago-simpático y es como el punto donde los sentimientos repercuten y se amplían.

Si se dice, por ejemplo, que se tiene el corazón oprimido, es preciso ver en esta fórmula una realidad fisiológica. Tal era al menos la opinión del autor de la “Introducción a la Medicina Experimental”.

Corazón, *Cour-age* (coraje), heroísmo (comparar las palabras Heros y Eros, Héroe y Eros, Amor) representan ideas de elevación, de fuerza desorbitada que hacen del corazón el instrumento mismo del Amor. Es el órgano *rojo*, el movimiento mismo, el calor y la llama traducidos en movimiento. Se parece también a la llama invertida de un cirio. Como la llama que consume el cirio, el corazón consume nuestro cuerpo, sostiene la vida, pero la quema al mismo tiempo. Es a nuestro organismo lo que el sol es al sistema al cual pertenece nuestro planeta.

Baco y su manto rojo.

Bien se comprende, entonces, por qué en los misterios órficos, el corazón era el emblema de DIONISIOS. “El objetivo de los misterios, escribe OLIMPIODORO, es conducir las almas a su principio, a su estado primitivo y final, es decir, a la vida, a Júpiter de donde ellas descendieron, y con Baco que las conduce”.

Este texto definía el sentimiento dionisiaco, que resulta del don del yo, de un impulso altruista, y en una palabra, de una embriaguez. A BACO se le representaba vestido con un manto rojo. Tenía por emblema el vino cuyo color rojo y las propiedades embriagantes exaltan igualmente el sentimiento dionisiaco. El vino rojo, en ciertos aspectos, es la imagen de la sangre. Hijo del Sol, excita la combustión vital, acelera los latidos del corazón. Da la alegría de vivir y abre las puertas del amor divino. Durante la Cena, Jesús asimila el vino a su sangre y es por medio del pan y el vino como instituye el sacramento de la Eucaristía. En la Biblia, el vino es el símbolo de la verdad celeste, verdad que no adquiere todo su significado más que en el Amor.

El vino es un *cordial*; estimula el corazón. El corazón, cuyo culto se remonta a los orígenes mismos de la humanidad, simboliza a Jesús. Su corazón, que sangra por los hombres, es la imagen del Amor que él tiene por ellos.

Tanto en el plano divino como en el de la criatura, el símbolo del Amor es el corazón que sangra, el corazón atravesado por una flecha. Los amantes ingenuos que en prueba del ardor de sus sentimientos, graban un corazón atravesado por una flecha en la corteza de los árboles, no hacen sino reproducir, sin saberlo, *arquetipos* cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos.

Marte, dios viril y guerrero.

Si BACO es el dios del vino y de las ebriedades divinas, MARTE es más especialmente el dios de la sangre. El rojo le fue consagrado. Era el dios del amor divino, pero también el de la generación, el dios-masculino. Personificaba el *calor* de la sangre, en el sentido sexual que se da también a esta palabra. Sedujo a VENUS y fue sorprendido al lado suyo por VULCANO quien, para vengar su amor-propio conyugal, en-

volvió a los dos amantes con una red invisible y los expuso de este modo a las burlas del OLIMPO. Bajo esta fábula se oculta el símbolo manifiesto. Esta red invisible no es otra que la fatalidad de la carne y de la sangre que empuja a los sexos, uno hacia otro y los une con lazos difíciles de romper.

Si no nos sorprende encontrar aquí, con el color rojo, el símbolo de la sexualidad masculina¹⁹, —símbolo que responde, como vimos, a cierto número de hechos comprobados—, menos nos sorprenderá saber que MARTE es también el dios de la guerra. Hemos observado las relaciones entre la exotermia y la irritabilidad, entre lo rojo y la hiperexcitabilidad.

Vimos cómo el hiperfuncionamiento de la tiroides, que ocasiona la *combustión* exagerada de los tejidos, se acompañaba de una sensibilidad enfermiza. La sexualidad masculina produce precisamente tales efectos. Nadie ignora las consecuencias de la castración en el comportamiento de los animales. Los machos son naturalmente belicosos. El hombre no escapa a la regla. MARTE es pues, al mismo tiempo que el dios de la generación, el dios de los combates y de la efusión de sangre. El *sadismo*, cuyo nombre se remonta al marqués de Sade, pero que es algo que ya no tiene edad, es inseparable de la sexualidad masculina, de la cual ciertas características pueden encontrarse perfectamente en algunas mujeres, del mismo modo que los impulsos *masoquistas*, de signo femenino, se ven en muchos hombres (comenzando por Sacher MASOCH que ha dado su nombre a esta perversión)²⁰.

Era pues lógico que Marte, dios del calor, de la sangre, fuera al mismo tiempo el dios de la efusión de sangre²¹. La guerra, como la caza es una forma de lo que nosotros llamamos hoy día el *sadismo*. Los combates de los gladiadores, las muertes espectaculares (el suplicio

¹⁹ El Australiano que mató al euro portador del fuego "arrancó el órgano genital masculino que era muy largo, lo partió en dos y descubrió que contenía un fuego muy rojo". (Sir JAMES FRAZER: *Mitos sobre el origen del fuego*).

²⁰ El *Sadismo*, es el gusto por el mal. Es curioso, a este respecto, comprobar que, en francés, MASCULUS (masculino) y MALUM (mal) han dado homónimos. Igualmente es interesante comparar: MASCULUS y MACULA.

²¹ En el lenguaje de los Cherokees la misma palabra significa a la vez *rojo* y *guerra*. Por otra parte, los indígenas de Australia se empapan en la sangre fresca para excitarse al combate.

de DAMIENS hizo que acudieran la corte y la ciudad), las corridas de toros en las que se ve la bestia furiosa encarnizándose en el cuerpo jadeante de los caballos y donde la embriaguez de la sangre se propaga del animal a los espectadores, las simples riñas de gallos y muchas atracciones foráneas, sin contar cierto número de películas, no tienen otra razón de ser que la de halagar las inclinaciones sádicas de la multitud. La vista misma de la sangre, su calor, y también su olor, por insípida y repugnante que sea, ha despertado más de un mal instinto. Cuántos asesinos en sus confesiones han declarado a sus jueces que sin haber tenido jamás la intención de matar, vieron el *rojo* de la sangre de su adversario y sólo entonces se encarnizaron sobre su víctima.

La edad de hierro.

Según las correspondencias esotéricas, un metal corresponde a los dioses, como también a los planetas que llevan su nombre. Si el cobre corresponde a Venus (verde), y el estaño a Júpiter (azul), el hierro corresponde a Marte (rojo). Por lo demás, el hierro es, no solamente el metal que produce la sales férricas *rojas*, sino también la materia con la cual se hacen las armas de guerra. La palabra *hierro* reemplaza a menudo el término *acero* y *espada* en las expresiones como “caer muerto por el hierro”, por “el *hierro* y por el *fuego*”.

El hierro tiene una acepción masculina, como el bronce (el cobre) tiene un significado femenino. Los dioses o personajes míticos asimilados a los *forjadores* (Vulcano, *Tubalcáin* —de ahí Caín—), tienen todas relaciones más o menos estrechas con el fuego subterráneo (Vulcano, Volcán), el fuego infernal y, por consiguiente con el fuego culpable que, en el fondo de nuestro “Infierno” interior, alumbrá nuestras bajas pasiones. La edad de hierro según las tradiciones, abre la era de un mundo de rapiña. ¿Cómo no ha de creerse que estamos aún en la *edad de hierro*, la edad de Vulcano, y de Caín, asesino de su hermano?

De lo anterior se deduce claramente que el *rojo*, a ejemplo del *verde* e incluso del *azul*, color tan naturalmente puro, sin embargo, tiene un significado ambivalente. Traduce, en verdad, la más lata expresión del “yo”, la vanguardia avanzada de la evolución exotérmica, pero según vimos, en su embriaguez del “yo”, el hombre poseído por el orgullo, reviste una personificación *luciferina*. El orgullo le incita

a no creer sino en él, a negar existencia a lo que no sea él. Al divinizarse, diviniza sus pasiones; los monstruos que se agitan en él, le obligan a adorar la materia.

Este hombre *rojo*, este nuevo ADAN, es el hombre moderno cuya naturaleza luciferina ha llevado a un callejón sin salida.

El *diablo* está pues simbolizado por el *rojo*. ¿No evoca acaso este color, en nuestras almas perturbadas, la muerte, la lujuria, los pensamientos teñidos de sangre? Apolonio de Tiane, al contar la fábula de Hércules, situado entre la Voluptuosidad y la Virtud, describe la primera como una bella mujer adornada con collares de *oro*; lleva una túnica de *púrpura*, sus mejillas son brillantes, sus ojos cercados de *bermellón*, y para completar la magnificencia de su atuendo, ella tiene sandalias *doradas*.

Los matices del rojo.

Al lado de este rojo, color del orgullo, del egoísmo y de la embriaguez sangrienta, está el rojo del Amor divino, el rojo del sentimiento dionisiaco, que pudo degenerar en el transcurso de las edades y dar lugar al desorden de las "bacanales", pero que era, primitivamente, una embriaguez divina.

¿Se manifiestan estas dos acepciones en los matices mismos del color? No hay a este respecto, regla absoluta. Sin embargo, el tinte llamado "sangre de buey" *en general* parece expresar el rojo infernal, las aspiraciones turbias de la sangre, mientras que un rojo matizado de amarillo, como el anaranjado (en anaranjado, orange, hay or, *oro*)²², o, por el contrario, matizado de azul, como *la oriflama* de las monjas de San Dionisio, cuyo color resulta ser, precisamente, el que se consagró a DIONISOS (comparar DIONISIUS y DIONISOS) parece escapar a estos atributos maléficos.

El tercer término de la Trinidad.

En la medida en que representa el Amor divino, el Espíritu Santo es *rojo*. Como vimos al hablar del azul, el Espíritu Santo está sim-

²² Ver nota 1, (Cap. III, Ambivalencia de los colores).

bolizado igualmente por el tinte azulado del cielo. En efecto, el Espíritu de Dios es a la vez Amor y Sabiduría, efusión y verdad. No obstante, es el Amor el que abre la vía a la verdad. Son lenguas de fuego las que el día de Pentecostés se posan sobre los apóstoles. Es el fuego el que inspira, purifica y regenera. Al hacer alusión a Jesús, San Juan Bautista lo anuncia como Aquel que debe bautizar no ya con agua, sino con fuego²³.

En la fiesta del Espíritu Santo, el sacerdote lleva ornamentos rojos; el altar consagrado al Espíritu Santo está decorado de rojo.

Tercer término de la Santísima Trinidad, el Espíritu Santo tiene por emblema el número 3. Ahora bien, resulta precisamente que esta cifra es la imagen del fuego. En sánscrito, la palabra VAHNI, significa a la vez fuego y 3. En la lengua tibetana, la palabra ME reúne igualmente los dos significados. El tres, como los números impares en general, es una cifra masculina, salvo la cifra 5 (V) que es femenina en cuanto mitad que es de 10 (del todo); es masculina como el fuego, puede ser esquematizada por un triángulo, con la punta arriba, imagen de la llama. En el curso de sus ceremonias, los Persas representaban la Trinidad divina por tres carros, el último de los cuales era tirado por caballos enjaezados de escarlata. Detrás, marchaban los hombres que llevaban el fuego sacro. Las *pirámides*, cuyo nombre mismo recuerda el fuego, se inspiran en el triángulo con la punta arriba.

San Juan Bautista, que anuncia a Jesús, tiene su fiesta en el solsticio de estío, es decir en el momento del año en que el sol culmina en el cielo, cuando el estío, cuyo nombre (AESTAS) quiere decir *calor*, hace su aparición. Esta fiesta se celebra con grandes fuegos que son símbolos astronómicos y místicos a la vez.

El rojo divino y el rojo infernal.

Conviene señalar que si los *colores* como los sentimientos cuya doble polaridad ha sido claramente demostrada por FREUD y sus discípulos, son ambivalentes, no tendría razón ver una contradicción en la divergencia de sus símbolos. Estos valores diferentes se refieren no obstante a arquetipos únicos. El rojo, color del fuego, de la san-

²³ Mateo, 3.11.

gre, de la exotermia, puede significar cosas buenas o malas según el uso que de él se haga. Igual que con todas las fuerzas de la Naturaleza ocurre con el lenguaje, del cual Esopo pudo decir que es lo mejor y lo peor de las cosas. Pero el idioma es siempre el idioma, en el bien como en el mal.

Así como el *rojo* expresa el egoísmo, el amor infernal y el fuego del infierno, ese mismo color es sin duda el que habla el lenguaje del Amor divino, del altruísmo y del sacrificio.

La Ciencia del Blason, en su riqueza intuitiva, no ha dejado de notar estos diversos significados. El rojo (gules) expresa aquí a la vez el amor de Dios y del prójimo, el valor pero también la crueldad, la cólera, el homicidio y la matanza. El Rojo es un color sublime cuando las fuerzas que simboliza se dirigen hacia Dios. Para los místicos, representa la tercera etapa, la tercera esfera e incluso el tercer "estado" de la Regeneración. Pero es también el fuego malo, el fuego de Vulcano, la expresión del Yo luciferino y de las llamas de la Lujuria.

El rubí parece expresar más bien el carácter *benéfico* del rojo. Antiguamente se le atribuía el poder de preservar de la peste o de apartar los malos pensamientos. Esta piedra ha sido empleada igualmente contra los efectos del veneno de las serpientes²⁴. Por último, el rojo del carbunco sirve también para representar el sol.

La sangre, sol líquido.

El sol, fuego y luz, no podía dejar de tener relaciones estrechas con el rojo. Veremos, cuando hablemos del *amarillo*, que antes bien este último color es el que lo simboliza.

Pero fuera de las relaciones estrechas del *amarillo* y del *rojo* que hemos definido en el capítulo sobre las propiedades de los colores, el sol en tanto que fuego *celeste*, es más bien rojo que *amarillo*. Vimos que entre los rayos solares, son sobre todo los rayos *rojos* los utilizados por la planta endotérmica para la asimilación clorofílica. Son estos rayos los que, por así decirlo, puestos en reserva por el vegetal,

²⁴ Hoy se ha demostrado que ciertas radiaciones quitan a los venenos su poder nocivo.

surgen de nuevo (que se nos perdone la vulgaridad de esta imagen) en la sangre del animal exotérmico. La sangre es como sol líquido (en ello se parece al vino) y el circuito que describe en el cuerpo, al afectar, según vimos, signos luminosos diferentes conforme sea o no portador de oxígeno, es la imagen microscópica del doble movimiento macroscópico de RESPIRAR y de INSPIRAR simbolizado por un 8 acostado, ∞ , signo del infinito. Y algo curioso por lo menos, este símbolo es igualmente la imagen de la red sanguínea en el hombre.

Microcosmo y macrocosmo.

Todo lo que el rojo expresa de poder, de calor, de radiación implica pues otros tantos atributos solares. En este sentido, el rojo es el rojo del impulso divino y altruista. Apolo, dios músico, dios de la adivinación, compañero de las Musas²⁵, padre de ASCLEPIOS (Esculapio, fundador de la medicina) vence en DELFOS a la serpiente PITON, como el arcángel Miguel aureolado de luz, sale victorioso de su combate con el dragón que reina en las Tinieblas. Tal vez no sea necesario precisar que todos estos símbolos referidos a un *arquetipo* común, son válidos, tanto para el *microcosmo*, es decir, para el *interior* mismo del hombre, como para el *macrocosmo*.

Color del poder, de la autoridad, de la realeza, símbolo de la autoridad, el rojo era antiguamente el color del poder y como la marca característica del derecho divino. Los reyes portaban un manto de *púrpura* y este color no estaba permitido en Roma, sino a los *patricios*. Quien traficaba con una tela de púrpura era ajusticiado por el Código justiniano.

En nuestros días, los cardenales, así como los altos dignatarios de la justicia y de la Universidad han heredado estos símbolos.

Fuego y humo.

Para ciertos autores antiguos, el color *rojo* no dejaba de evocar ideas de muerte y destrucción. Esto no debería sorprendernos después de lo que hemos dicho de las relaciones de causa a efecto que existen

²⁵ MUSICA quiere decir Ciencia de las Musas; La Música es la madre de toda ciencia.

entre el *rojo* y el *negro*. El rojo, símbolo de la combustión, conduce al negro, símbolo de la muerte y de la oscuridad. El rojo puede así, desde cierto punto de vista, ser considerado como anunciador de la muerte, y aun como la muerte misma. Homero da a la muerte el epíteto de *purpúrea*. Sobre las tumbas, los antiguos esparcían flores color de púrpura y de azafrán. En la Edad Media el rojo fue un color mortuorio.

Conviene ahora profundizar en lo que apenas habíamos esbozado al hablar del paso del *rojo* al *negro* en la naturaleza. El rojo del *fuego* se acompaña frecuentemente del *negro* del humo.

El humo nos lleva así a un *arquetipo* femenino. Del fuego al humo, no hay solamente cambio de color sino también de género. El humo significa oscurecimiento, inconsciencia y aun decadencia moral. Cuando nuestro cerebro se ofusca, decimos que está *humoso*. En este sentido hablamos de los *humos* de la embriaguez. Mientras que el fuego *celeste*, el del sol es un fuego puro, sin mezcla, el fuego *terrestre*, el de los volcanes (de Vulcano) es un fuego acompañado de humo. Presenta así una analogía más con nuestro fuego interior, tal fácilmente oscurecido por los *humos* del orgullo, de la codicia y de la lujuria.

El negro puede pues mezclarse con el rojo, como el Yin se mezcla con el Yang, la muerte con la vida (microbios, toxinas, etc.) y como los impulsos femeninos interfieren con los masculinos, como el mal puede introducirse en la exaltación misma del bien. Pero cuando no hay mezcla aparente, el torbellino simbolizado por el signo del infinito (al Eterno Retorno ∞) conduce el rojo al negro.

La naturaleza, después de ascender del verde al rojo, la escala de los seres animados, los consume y los precipita bruscamente desde el rojo, cumbre brillante de la vida, hacia el negro, hacia la extinción y la destrucción.

Cambio del color de las frutas.

Al principio las frutas²⁶, son verdes y participan, en su origen, de la naturaleza vegetativa y de la del agua. Pero bajo los efectos de

²⁶ Esta ley se comprueba muy particularmente en las frutas carnosas.

las radiaciones solares y por un proceso de *auto-oxidación* (oxígeno = rojo) desaparecen los pigmentos *verdes* dando lugar a tintes *amarillos* que tienden en seguida al *rojo* y después al *negro*.

No todas las frutas recorren la gama integral de estos colores. Algunas, como el limón, se detienen en la fase amarilla. Otras no se *ennegrecen* sino al descomponerse en el suelo. Finalmente hay frutas que permanecen *azules* o *verdes* como las ciruelas y las endrinas. Pero en cualquier fase que se detenga el ciclo coloreado de la fruta, tiende siempre hacia el rojo y el negro. Juzgamos una fruta por el color y generalmente pensamos que no está madura (las *maduras* no son verdaderamente azucaradas sino cuando están negras) si no está completo tal proceso.

Esta evolución del color de las frutas no es sino la aplicación de una ley más general. Las hojas verdes se amarillean en otoño cuando la acción destructora de la luz sobre la clorofila no está ya compensada por la acción retardadora del calor que, según vimos en el capítulo sobre las propiedades de los colores, se ejerce en sentido contrario al de la luz.

Así, contrariamente a un prejuicio muy extendido, no es la disminución del tiempo de insolación sino el descenso de la temperatura el que produce el amarillear de las hojas. En el mismo sentido actúan en la planta, el frío, la luz y el desecamiento. Estos agentes físicos favorecen los colores vivos de las flores, el amarillamiento y aun el enrojecimiento de las hojas; inversamente, el calor favorece el desarrollo de los tallos.

La semilla, último producto de la planta, confiada a la tierra hasta el momento de la germinación, es en general *oscura* o *negra*. Igualmente, la corteza de los árboles que está constituida por una capa de células muertas que esconde la parte viva del tronco, es oscura o negra. Con el retorno del invierno, cuando la Naturaleza primitiva (tanto vegetal como animal) se detiene en un adormecimiento que es la *imagen de la Muerte*, los colores vivos de las flores, las frutas y las hojas se extinguen en la uniformidad gris u oscura de la tierra.

El "anillo" de las estaciones.

En estos cambios hay algo más que imágenes de poetas. En nuestras regiones templadas donde las estaciones son una realidad, la vida

terrestre es comparable a una llama, tanto más brillante cuanto más cerca está de extinguirse.

La primavera, primera explosión de la vida, estación en que la savia animada por las radiaciones solares toma del suelo abundantemente regado por las lluvias y las nieves, el agua y las sales minerales así como el nitrógeno necesarios a la planta, en que el botón llega a ser hoja y la hoja se abre para desempeñar su papel de síntesis en una misteriosa unión con la luz del sol, esta estación es la estación *verde*, el milagro de la gran obra de la vida, hecho por el Sol, que tiene la mayor parte de los seres animados bajo su estrecha dependencia. Es sinónimo de juventud, infancia, inconsciencia, gestación y asimilación y, en consecuencia, de *endotermia*. Comienza bajo el signo de Aries (cordero) emblema de *Agni*, símbolo de fuego celeste. El verano es la estación en que el verde de las hojas se mezcla con los tintes cálidos de las flores (ellas mismas hojas transformadas). Es la época de la fecundación, de la fructificación. Las flores, terminada su misión, se secan y dan lugar a los frutos, salidos del óvulo. Primero verdes, seguirán la pendiente natural de la oxidación y del desecamiento, tenderán al amarillo, luego al rojo. El verano, estación de las cosechas, puede simbolizarse por el amarillo, color simbólico del Sol. En el Símbolo chino de los cinco tigres tiene por emblemas el tigre *rojo*, el fuego y el mediodía.

Es anunciado por los *fuegos* de San Juan ²⁷. Su nombre (AESTAS) procede del nombre OESTUS (calor). Astronómicamente, implica ya una idea de descenso. Va a presidir el lento decaer de los días. Se inicia bajo el signo de Cáncer donde la luz de vida mata la vida según un proceso circular, donde el día nutre a la noche, donde la Naturaleza precipita su evolución hacia el Negro y la Muerte. El signo de Cáncer o del Cangrejo está representado por el número 69 donde el 9, cifra de la energía fálica o masculina, está neutralizado por el 6, símbolo de la tierra, en cuanto principio fecundo. En el curso del verano se realiza la inversión de los signos, cuando la Venus verde, la Venus del agua, llega a ser Venus-Lucifer (9), el "otro sol" según

²⁷ Juan lleva un nombre simbólico que se ha asimilado a la palabra KAN, GAN, ZAN, que expresan el fuego celeste o la serpiente-luz. Se representa a San Juan bebiendo en un cáliz donde se yergue una serpiente.

Pitágoras. El verano representa, en ciertos aspectos, la locura orgullosa del hombre que una vez en posesión de la conciencia intelectual, se diviniza. Es un fruto, un bello fruto del verano, el que mordieron Adán y Eva en el jardín exuberante del paraíso.

El otoño y el invierno.

El *otoño* revela el ocaso de los días. El sol desciende en el cielo y esta estación se inicia en el *equinoccio*, es decir en el momento del año en que los días son iguales a las noches.

La Balanza, signo del Zodíaco en el cual hace su aparición el sol del otoño²⁸, manifiesta aquella equivalencia de duraciones diurnas y nocturnas. En otoño se desprenden las últimas frutas maduras de los árboles que las llevan. Es la época de las vendimias, de las hojas amarillas que caen en remolino de los árboles. Representa la última llama de la vida, la vejez. Está simbolizada por el rojo y por el occidente, región donde se pone el sol, donde produce su último brillo antes de sumirnos en las tinieblas. Las fachadas de nuestras catedrales, donde están esculpidas las escenas del juicio final, miran hacia occidente, mientras el sol sangrante de los ocasos abraza estos cuadros grandiosos del fin del mundo.

Finalmente, las últimas borrascas hacen caer las últimas hojas; la naturaleza, al cambiar bruscamente de signo, se desnuda para dormir su largo sueño *invernal*. Los árboles al amparo de su corteza, las semillas enterradas y también la mayoría de los animales quieren vivir una vida detenida, vecina de la muerte. La llama de la vida parece apagada y no se ve más que ceniza. El invierno es el reino del Negro, de las tinieblas, semejantes al Caos donde se elaboran los mundos. Pues esta muerte de la Naturaleza no es sino apariencia. Desde este momento, a pesar de la escarcha, el sol nos da la seguridad de su resurrección. El invierno se inicia bajo el signo de Capricornio, simbolizado por una cabra. La cabra, animal *saltador* simboliza el primer salto adelante de la luz, el momento del año (el *solsticio*, es decir el

²⁸ Teóricamente al menos, porque se sabe que a consecuencia de la "precesión de los equinoccios", las constelaciones no ocupan en el cielo los mismos lugares que ocupaban en la antigüedad.

momento en que el sol se detiene) cuando el descenso finaliza, cuando comienza a invertirse el movimiento de los días y renace la Esperanza²⁹.

Es precisamente el momento de la Fiesta de Navidad, la fiesta más grande del cristianismo, en la que se celebra el Nacimiento del Niño Dios, el nacimiento del "Nuevo-Sol". En medio del Sueño de la Naturaleza, esta fiesta, identificada así como lo estableció San Ivo con las tradiciones paganas³⁰ es la fiesta de Aviso, del Despertar, de la *Cena de Nochebuena*. Se la celebra con la Misa de Medianoche, ya que el Niño-Jesús ha nacido en medio de la noche.

En la intimidad de los hogares, siguiendo tradiciones nórdicas, se yergue en esta noche un abeto, árbol siempre verde, símbolo de Esperanza y continuidad. Este *verde* de los abetos, es ya el verde de la Primavera. El invierno, es ya la Primavera. Del Negro, volveremos al verde.

El significado de la Fiesta de Navidad.

Es necesario decir que este símbolo astronómico de la fiesta de Navidad se completa con un símbolo intelectual y moral, a ejemplo, por otra parte, de todos los símbolos que nos es dado examinar. Así como tenemos en nosotros nuestro "infierno" con sus monstruos, sus animales fantásticos, sus dragones, sus quimeras, también tenemos en nosotros nuestro "invierno". Nuestro corazón está helado, nuestra inteligencia oscurecida. Hay verdades que ya no comprendemos. Aunque vivos, ofrecemos a la imagen de la Muerte, pues estamos ya envueltos de Muerte moral.

Pero la aurora puede lucir en esta noche, brillar en ella la Esperanza con la Estrella de los Magos. Ella nos guiará hacia el Amor como Ellos fueron guiados hacia Jesús, Dios de Amor. Así de las tinieblas mismas, podemos elevarnos a la luz. Podemos clamar desde el

²⁹ Esta cabra es también una nodriza. Da su leche (luz) y los griegos la convirtieron en AMALTEA, ama de cría de ZEUS.

³⁰ Era en el solsticio de invierno cuando se celebraba la fiesta principal de la religión de MITRA.

fondo de nuestro corazón, y cada uno para sí, el viejo grito de Esperanza que reconfortó a nuestros padres: "¡Navidad!, ¡Navidad!".

En su ciclo de estaciones, el año nos presenta pues esta profunda imagen de primavera y regeneración. La fiesta de Navidad es el emblema de toda iniciación. Sólo de nosotros depende renacer a la luz moral a ejemplo de Jesús que nace en el pesebre de Belén entre animales. Pero este renacimiento, no lo obtendremos sino en la sencillez y la humildad de un corazón puro. Nada más sencillo que el pesebre de Belén: el buey, el asno, he ahí los compañeros de Dios. Cada uno de estos detalles está lleno de sentido, rico de enseñanzas ³¹. "Si el hombre no nace de nuevo, dice Jesucristo, no puede ver el reino de Dios".

El escarabajo y el eterno devenir.

La figura de la serpiente que se muerde la cola expresa la idea de resurrección, de regeneración, de renacimiento, de infinito (se sabe que el círculo representa el infinito) figura del cual el año nos ofrece un vivo ejemplo. ANNUS quiere decir ANILLO. Es el mismo símbolo que la cruz inscrita en un círculo, (⊕), la rueda (ROTA o, cambiando el orden de las letras, TARO) o el Escarabajo que, en Egipto simbolizaba la regeneración y la reencarnación. En sus momias, los Egipcios colocaban a veces un escarabajo en lugar del corazón ³². En los papiros, al escarabajo se le llamaba KHOPIRRON y KHOPRI del verbo KHOPRON, devenir. Este símbolo expresa pues el eterno devenir. Asigna a la Muerte su sentido y sus límites.

Los escarabajos encuentran su alimento en los excrementos. Con éstos fabrican pilones donde aovan sus huevos. De la misma suciedad sacan la vida. El TAU sagrado (T) que llevan sobre la espalda, sus vivos colores y particularmente el bello matiz *verde* con que se los representa, todos estos detalles constituyen otros tantos símbolos donde se confunden ideas de tránsito, de renacimiento y de eternidad.

Por otra parte, habremos de volver a esto cuando hablemos de Negro. No anticipemos nada, entonces, sobre el sentido que la Sim-

³¹ La leyenda de KRISHNA le hace nacer igualmente en un establo, lugar donde están las vacas, fuente de leche (luz).

³² El corazón está dividido en compartimentos que forman una cruz. El escarabajo lleva una cruz sobre la espalda. El escarabajo simboliza igualmente a Cristo.

bología da a este color. Lo que importa establecer desde ahora, es que el ciclo mismo de las estaciones recorre la gama de los colores, como lo hace la evolución de las especies, yendo del *verde* al *rojo*, y como lo hace la sangre misma en el cuerpo humano.

Además, las estaciones llevan esta gama hasta el *negro* (negro de los árboles desnudos, negro de la tierra sin verdor, negro de las semillas) como si la tierra (negra) restaurara su imperio sobre la Naturaleza. Es el mismo mito de PROSERPINA, raptada por PLUTON, que pasa una tercera parte del año bajo la tierra, y devuelta a su madre y a la luz.

De Stendhal a la ruleta.

Este gran espectáculo de las estaciones, que huyen en espiral en el tiempo, nos enseña pues que si el *Rojo* se opone al *Negro*, como la Vida a la Muerte (o al Sueño) como la Fe a la Negación, como la llama a la ceniza, nada le será más fácil que caer en su contrario.

“Rojo y Negro”. Este título ha hecho fortuna porque es la expresión de una de las obras más profundas sobre el destino del hombre. ¿No es Julien Sorel el tipo mismo del orgulloso de signo “rojo” arrojado por su vértigo en las tinieblas de la Muerte? Estos dos colores han sido siempre confrontados por la ciencia intuitiva de los pueblos.

Los vemos en nuestros juegos de cartas, herederos de los naipes tarots, de tan profundo simbolismo. Los encontramos en el juego de la “ruleta” que, antes de ser fuente de riqueza de casinos, debió servir de instrumento de adivinanza. ¡Sobre estos dos colores, uno símbolo de alegría y de poder, el otro de melancolía (esta palabra quiere decir *bilis negra*) y de muerte, cuántos han jugado su fortuna y su vida!

La caída hacia el negro.

El tránsito del Rojo al Negro que nos presentan las estaciones, las frutas, es decir, la Naturaleza viva, lo comprobamos igualmente en la Naturaleza llamada *inanimada*. De ello es testimonio una simple hoja de papel que se quema. Al extinguirse bruscamente la llama que

ella produce, vemos que la ceniza negra está rodeada por una región de tintes rebajados que unen el blanco del papel a la ceniza por medio de matices de amarillo claro, luego de amarillo oscuro, después de un café con leche cada vez más oscuro. Es poco más o menos como la evolución del color de las frutas.

En efecto, el proceso de oxidación al cual asistimos cuando quemamos papel, es un fenómeno muy general que, por no ser siempre tan espectacular como el *fuego*, no por ello ocurre menos bajo otras formas. Vimos que la "combustión vital" era análoga al fuego, pero no era el fuego. En química se conoce la influencia del calor sobre la rapidez de las reacciones químicas, bastando un calentamiento de 10 grados para doblar esta rapidez. Al arrimar a nuestra hoja de papel la llama de un fósforo, aceleramos casi al infinito una reacción que se habría producido de todos modos. Realizamos en algunos segundos operaciones químicas que sin nuestra intervención, hubieran requerido millares de millares de años. No obstante, es inevitable que el papel *amarillee* (baste recordar el color de viejos diarios y libros) y se desplace sobre el espectro desde los colores más refrangibles hasta los menos refrangibles. Las telas *azules se destiñen*, según se dice, muy rápidamente.

Los químicos saben que una reacción acelerada mediante agentes físicos o catalíticos debe producirse incluso sin estos agentes, pero a un plazo mucho más lejano. Saben también *que en general* son reacciones *exotérmicas* las que se producen. La energía química acumulada en cuerpos como la celulosa de que está hecho el papel, producto elaborado por el vegetal gracias a la energía solar, debe normalmente dispersarse en energía *calorífica*, degradada. Esta ley universal de la degradación de la energía se manifiesta por el deslizamiento de los colores hacia el rojo y del rojo hacia el negro (o el gris).

La transparencia en la materia viva.

Al mismo tiempo que efectúan este deslizamiento, los cuerpos pierden su transparencia. Una hoja de papel elevada a la temperatura de 150 grados y que llega a ser rojiza, no deja pasar ya rayos luminosos. Vale decir que estos rayos se *absorben*.

La *transparencia* no es, lejos de ello, uno de los privilegios de las substancias orgánicas. Pero estas substancias que presentan un potencial energético muy fuerte y que son el resultado, según expresión de TYNDALL, de la elevación de un peso, poseen una transparencia que

la muerte suprime. Esta ley de transparencia no es siempre válida para la luz *visible*, pero se generaliza con los rayos X para los cuales son opacas las sustancias minerales contrariamente a las sustancias vivas.

Es este un punto que debe señalarse de paso, puesto que confirma las relaciones de *función* que existen entre la luz y la vida. En proporción de su *oscurecimiento* es como la Vida entra en la Muerte. Al igual que una antorcha, ella muere en la medida en que consume la energía del Sol que lleva. Al perder su transparencia, al *ennegrecerse*, lo que está vivo deja escapar, en el mismo lapso, el poco Sol que contenía.

Los ojos, la parte más transparente del cuerpo, son también, en ciertos aspectos, la más sensible y en consecuencia la más *viva*. Son el punto de unión entre la luz exterior y la interior. Si esta luz se escapa, ellos se oscurecen y no hay nada más punzante que este lento dominio de la noche que se observa en los ojos de los agonizantes.

La enfermedad y la fiebre.

De este modo, tenemos aún un punto donde las metáforas de los poetas ocultan una verdad mucho más profunda que lo que se imagina comúnmente. La luz y las tinieblas, San Miguel y el Dragón, el Yang y el Yin, las serpientes entrelazadas del Caduceo, ORMUZ y AHRIMAN, todos estos símbolos son también realidades: realidades astronómicas, físicas, pero también fisiológicas. La Salud es la luz. La Muerte son las tinieblas. Estas palabras son terriblemente banales, si se toman sólo en sentido superficial. Adquieren un significado totalmente nuevo si se quiere encontrar en ellas el sentido múltiple y profundo.

La Enfermedad (*Maladie*, donde encontramos la palabra clave MA) es ya la puerta abierta sobre el Reino de las Tinieblas. La Enfermedad se apodera de nuestra luz interior³³. Es un oscurecimiento³⁴. Es *endotérmica* y tiene por antagonista la *Fiebre* que, al activar el metabolismo del oxígeno, al acelerar los movimientos del corazón y de los pulmones, al elevar la temperatura, es *exotérmica* y, en consecuencia de signo *rojo*. La Enfermedad *oscurece* la sangre, la Fiebre tien-

³³ Comparar entre sí las palabras *morbo* (enfermedad) *mors* (muerte) y *morfeo* (dios del sueño).

³⁴ Para A. LUMIERE, la destrucción del estado coloidal, es decir la disgregación, determina la enfermedad y la muerte. La disgregación es el *oscurecimiento*.

de a oxigenarla más. La Enfermedad es una alteración, un envenenamiento, una asfixia. La Fiebre es la consumación de fuerzas antagónicas.

Finalmente, la Enfermedad triunfa y del "rojo" el ser vivo se precipita en el Negro. Pero, como lo veremos mejor cuando hablemos de este color, nada termina con el Negro. Como el invierno anuncia la primavera, el Negro no puede ser sino un color de transición mediante el cual todo vuelve a empezar. El símbolo de la Serpiente que se muerde la cola, el símbolo del Cero o de la Omega, el símbolo del Escarabajo, son más que esperanzas. Son un velo lanzado sobre una de las leyes de la naturaleza.

Evolución de los astros.

Deslizamiento del Azul o del Blanco hacia el Rojo, caída en el Negro, luego resurrección y reanudación de un nuevo ciclo, esta sucesión de fenómenos parece encontrarse también en la evolución de los astros, al menos en cuanto la Ciencia la haya podido determinar.

Las voluminosas estrellas *rojas* parecen marcar una primera fase de evolución. Los astrónomos hacen suceder esta fase a la de las estrellas *blancas*, brillantes y muy cálidas como "SIRIO", que tiene una temperatura de más de 10.000 grados.

Una etapa más en la evolución y llegamos a las estrellas *amarillas*, de dimensiones más modestas y ya menos cálidas. Nuestro Sol, con su temperatura de 6.500 grados, se incluye en esta categoría.

Finalmente, se considera que las estrellas pequeñas y *rojas* han llegado al final de su evolución. De ello puede deducirse lógicamente que los astros *apagados* o semi-apagados, como son los *planetas* y por consiguiente la Tierra, han llegado al último límite de su existencia. Son *negros*, en el sentido de que se limitan a reflejar la luz que reciben³⁵. No son ya sino reflejos, como la Luna es para nosotros el reflejo del Sol.

Pero estos astros *negros* pueden ser llamados a una nueva vida, bien a consecuencia de su choque con otro astro, bien por otras causas sobre las cuales la Ciencia se ve todavía reducida a conjeturas. Y es

³⁵ Los planetas no emiten luz "visible". Pero emiten todavía luz "invisible" de grandes longitudes de onda (radiación hertziana).

así como nacerían las "NOVAE". El ciclo que acabamos de esbozar recomenzaría según un proceso indefinido.

Luz y vida.

En esta larga serie de transformaciones, la Vida, tal como la concebimos, es decir creadora de seres individualizados, sensibles, incluso conscientes, ¿dónde puede hallar su lugar? No podemos imaginarla más que en astros negros, ya que la temperatura de las estrellas, incluso las más frías, es completamente incompatible con lo que llamamos *vida*. Conviene además que estos astros apagados estén, como los planetas, suficientemente cerca de una estrella, como es nuestro Sol, para que los seres vivos puedan recibir de ella luz y calor.

Si la estrella no debe estar demasiado lejos del lugar de la vida, tampoco debe estar demasiado cerca, pues las condiciones de vida (según el ejemplo de nuestra biosfera) ya no se cumplirían.

Supongamos que se cumplan estas condiciones. Se produce entonces el fenómeno del cual hemos determinado los caracteres desde el punto de vista energético. La vida detiene la degradación de la Energía utilizando ciertas radiaciones de la Estrella para transformarlas en potencial químico. Este potencial químico restituye la energía calorífica de la Estrella en los fenómenos de la respiración, es decir de la oxidación. Y es en la medida en que estos últimos fenómenos se manifiestan como aparece la conciencia, el pensamiento; diríase que éstos se liberan al mismo tiempo que la energía cautiva de la Estrella. La Vida —si nos fuera permitido tomar la medida sobre la Tierra— es comparable a los fenómenos de fluorescencia. La Biosfera restituye al Cosmos la Luz que ha tomado en su Estrella, el Sol. Pero esta luz ha de entenderse en todos los sentidos, como si la luz intelectual corriera pareja con la otra.

Conviene aquí ser prudente en las conclusiones y no dejarse llevar a deducciones fáciles. No puede negarse, en todo caso, que la Ciencia concede a la luz una parte cada vez más bella y que le atribuye un papel preponderante, no solamente en la elaboración de la vida, sino también en los fenómenos químicos. De ningún modo quiere esto decir que el pensamiento no sea más que una forma de la energía luminosa y un *producto* como el vitriolo y el azúcar, tal como lo proclamaban TAINE y, tras él, los sabios materialistas de su tiem-

po. Pero esto aporta un argumento en favor de las hipótesis enunciadas por los antiguos "sabios" y que la ciencia *oficial* había abandonado de mucho tiempo atrás.

Esta ciencia materialista se representaba el mundo como un conjunto de fuerzas ciegas donde brillaba por una especie de excepción absolutamente inexplicable, la inteligencia del hombre (la conciencia misma de su debilidad, como lo anota Pascal), animal perdido en un mezquino planeta, en cualquier rincón del universo. Sin dejar de combatir el espiritualismo de Pascal, aquellos sabios y pensadores se apropiaban de su pensamiento famoso: "Pero la ventaja que el universo tiene sobre él (el hombre) el universo la ignora". Y este pensamiento, ellos lo interpretaban así: "El universo no puede conocer su ventaja porque no es capaz de conocer nada, al no ser más que físico, químico y mecánico".

Los sabios de otro tiempo habían respondido a semejantes afirmaciones como Platón y Aristóteles le replicaron a ANAXAGORAS quien asimilaba el Sol a una piedra encendida⁸⁰. Habrían respondido que el hombre no está aislado en el universo. Habrían sostenido, contrariamente a las afirmaciones de DESCARTES, que los animales no son *máquinas* y hubieran vinculado el espíritu del hombre al universo por intermedio de los animales, las plantas y aun los minerales. ¿No concuerda mucho mejor esta creencia, después de todo, con la doctrina de la evolución?

"Los astros, decía el docto Paracelso, respiran su alma luminosa y atraen la radiación unos de otros.

"El Alma de la Tierra, cautiva en las leyes fatales de la gravitación, se desprende *al especializarse* (el subrayado es nuestro) y pasa por el instinto de los animales para llegar a la inteligencia del hombre. La parte cautiva de esta alma es muda, pero conserva por escrito los secretos de la Naturaleza. La parte libre no puede leer ya esta escritu-

⁸⁰ HAVET en sus *Orígenes del Cristianismo* comparte naturalmente, como la mayoría de los espíritus de su tiempo, esta opinión de ANAXAGORAS y se indigna de que Platón y Aristóteles la combatan a nombre de la religión. Pero en la actualidad, sabemos que la imagen de la piedra que arde como una barra de azufre no puede aplicarse a las estrellas que nos presentan la materia bajo formas absolutamente diferentes de las que vemos en la tierra. Esta imagen de piedra que arde es por lo menos tan infantil como podrían serlo las concepciones de Platón y Aristóteles, e incluso podría serlo mucho más.



ra total sin perder instantáneamente su libertad. No se pasa de la contemplación muda y *vegetativa* (es también nuestro el subrayado) al pensamiento *libre y vivo* sino cambiando de medios y órganos. De ahí el olvido que acompaña el nacimiento y las reminiscencias vagas de nuestras instituciones enfermizas análogas siempre a las visiones de nuestros éxtasis y de nuestros sueños”³⁷.

Se encuentra ya en este texto, no solamente la doctrina de la evolución de las especies, sino también la teoría del *inconsciente colectivo* caro a los psicoanalistas, e incluso una primera idea de los arquetipos del doctor Jung.

Esta concepción del universo, por discutible que sea, es en todo caso mil veces menos absurda que la de los sabios materialistas quienes sin dejar de creer en la evolución, no establecían ningún lazo válido entre la inteligencia del hombre y el universo. Tal es probablemente el lenguaje que Paracelso hubiera tenido para estos sabios. E incluso para Pascal cuando decía: “El universo podría aplastarme pero lo ignora”. Paracelso habría replicado: “¿Qué sabe usted?”.

Acidos y bases.

Electricidad negativa y electricidad positiva.

Antes de abandonar el color *rojo*, conviene hacer una nueva incursión en el reino mineral.

El *rojo*, color de la sangre, color del macho, color del *fuego*, es también, como vimos, el color límite de los metaloides que ocupan la parte derecha de la tabla de MENDELEIEFF (ver Capítulo V).

Ahora bien, las leyes de la electrólisis nos enseñan que el metal, los alcalinos y el hidrógeno son transportados al cátodo (—), mientras que el radical se dirige al ánodo (+). Esto significa que el metal está constituido por *iones* positivos. En efecto, es siempre un metal el que aparece en el cátodo cuando una combinación no hidrogenada es sometida a electrólisis. La vieja teoría del matrimonio entre el *Rey* y la *Reina*, el Azufre y el Mercurio de los alquimistas, encuentra pues su justificación en las afinidades eléctricas de los cuerpos, ya

³⁷ Citado por Eliphaz LEVI en *La Clave de los Grandes Misterios*, edición de los cuadernos astrológicos, p. 206.

que el Azufre simbólico o arquetípico no es más que la denominación de la electricidad negativa transportada por los iones que van hacia el polo positivo y el "Mercurio" no es sino la carga positiva de los iones que se dirigen al polo negativo.

Simplificando el problema (de tal complejidad que es imposible abordarlo en este libro) llegamos a incluir entre los iones negativos: el oxígeno, el azufre, el cloro, los anhídridos de ácidos y, entre los iones positivos, los metales, las bases, el hidrógeno.

La mayoría de los indicativos coloreados y, con ellos, las materias colorantes de las flores o de ciertas frutas, disueltos en el jugo celular (las ANTOCIANINAS)³⁸, son azules en medio alcalino, violetas en medio neutro y rojas en medio ácido. Estas indicaciones, que es preciso saber interpretar, se prestarían a una discusión demasiado extensa como para poder iniciarla aquí. Particularmente el caso del hidrógeno, cuyas partículas libres constituyen verdaderos ácidos (pues los anhídridos y el anhídrido carbónico, por ejemplo, no son ya considerados hoy como ácidos), debería esperar. Pero una ley *estadística* permite sin embargo establecer *correspondencias* entre los colores y las afinidades eléctricas (y en consecuencia, químicas), de los cuerpos. Esta ley *estadística* hace corresponder la extremidad roja del espectro a los ácidos, a los metaloides, al oxígeno y a la electricidad *negativa* en tanto que la extremidad opuesta³⁹ corresponde a los metales, a las bases, a la electricidad *positiva*.

Los efectos de la electrólisis *positiva* y de la electrólisis *negativa* sobre el organismo, confirman plenamente estas conclusiones. La electrólisis *positiva*, en efecto, es calmante, transformadora, atrófica, mientras que la *negativa* es irritante, hipertrófica, hemofílica y finalmente *destructiva*.

³⁸ Las antocianinas son las que dan su color al vino.

³⁹ Preferimos designar esta extremidad con el *azul* más que con el violeta, ya que este color es casi siempre la *mezcla* del *azul* y del *rojo* de una misma octava.

⁴⁰ Ellas tienen incluso un poder netamente analgésico y anestésico. Desde hace mucho tiempo, los médicos alivian los dolores neurálgicos por medio de baños de luz azul. El doctor Redard, de Ginebra, realizaba incluso la anestesia pidiendo a sus pacientes que miraran fijamente una lámpara incandescente pintada de azul oscuro. Al cabo de dos o tres minutos, se sumían en un estado de insensibilidad suficiente como para permitir cortas intervenciones sin dolor. La anestesia, sin embargo, no era sino parcial.

(Ver "La Nature", 1892).

¿Cómo no sorprendernos de la similitud de estos efectos con los de los agentes químicos, por una parte, y con los efectos de los colores por otra? Como la electricidad *positiva*, las radiaciones más refrangibles del espectro visible son *calmantes* y transformadoras⁴⁰, en tanto que las radiaciones rojas son irritantes, como lo hemos indicado en el capítulo IV. Igualmente, los ácidos y los metaloides (por ejemplo el cloro) son irritantes y destructores como el calor, mientras que las bases son calmantes y atróficas como el frío.

Los alcaloides son venenos peligrosos, pero en pequeñas dosis, son calmantes o soporíferos.

Es imposible no ir más lejos y no conciliar estas comprobaciones con todo el sistema de referencias que, poco a poco, hemos establecido en esta obra. Se encuentra así que la electricidad *positiva* corresponde a los colores *fríos*, al frío, a los metales, a las bases, a la vida vegetativa y endotérmica, al sueño, a la sexualidad femenina, al agua, a la inmovilidad. En cambio, la electricidad *negativa* corresponde a los colores cálidos, al calor, al "fuego", a los metaloides, a los ácidos, al oxígeno, a la vida activa y exotérmica, a la vida despierta, a la combustión, a la sangre, a la sexualidad masculina, al músculo, al movimiento.

Un error generalizado.

Bien sabemos que la mayoría de los autores que han tratado estas cuestiones —y especialmente casi todos los "ocultistas"— hacen corresponder la electricidad *positiva* a la sexualidad *masculina* y la electricidad *negativa* a la sexualidad *femenina*. Pero esperamos con confianza desmentidos válidos, es decir fundados sobre la experiencia.

Nos encontramos en este punto, en presencia de errores propagados en virtud de la confusión de los términos que se emplean para designar los fenómenos examinados. En efecto, se confunde generalmente lo *activo* y lo *positivo*, lo *pasivo* y lo *negativo*. Asimilación extraña basada únicamente sobre una noción falsa de estas palabras. La electricidad *positiva* no implica de ningún modo *actividad* y hemos visto precisamente lo contrario a propósito del átomo cuyo núcleo (protones y neutrones) está cargado *positivamente* y es inmóvil mientras que el electrón planetario, esencialmente *móvil*, está cargado *negativamente*.

Los signos de la aritmética.

El error viene aún de más lejos. La simple aritmética nos hace emplear el signo — para indicar una sustracción, una disminución. Así pues, como vimos, la línea horizontal simboliza la pasividad, la materia, todo lo que cede al peso, el agua en particular. Muy naturalmente, es el emblema de la sexualidad femenina y no se ha equivocado la tradición oculta puesto que para representarla adoptó el triángulo con la punta abajo ∇ o aun la cruz bajo el círculo ♀ , signo de Venus, empleado hoy todavía por los astrónomos. Es pues paradójico adoptar ese trazo horizontal para significar el *menos* ya que la pasividad y la sexualidad femeninas significan un aumento de substancia, mientras que el movimiento y la sexualidad masculina implican fatalmente una pérdida de substancia. De este modo, lo masculino es lo que debería ser designado por el signo menos, pero a condición de que este signo esté representado por una línea vertical, símbolo de la actividad y de la fuerza, y no por una línea horizontal. En realidad, *menos* debería estar representado por $|$ y *más* por —.

Por lo anterior, se explica mejor el error cometido desde hace tiempo por muchos simbolistas que han atribuido el signo negativo (—) a la polaridad femenina y el signo positivo (+) a la polaridad masculina.

Una vez corregido este error, muchos de los símbolos que antes no podían recibir ninguna interpretación seria se aclaran como por encanto. Anteriormente habíamos hecho la misma comprobación con el símbolo del Yang-Yin que, por así decirlo, era leído *al revés* por muchos autores que no obstante simulaban autoridad.

La circulación de la materia a través de los tres reinos, evidenciada por las estaciones y sus indicativos coloreados, se acompaña así de un circuito luminoso y uno eléctrico. Por todas partes, y de arriba abajo en la jerarquía de los fenómenos, encontramos el antagonismo y la unión de fuerzas que se reparten el mundo. Estas fuerzas tienen denominadores comunes y sus aspectos físico, químico y eléctrico se confunden en síntesis que son a la vez, física, química y electricidad. El símbolo del círculo y de la Serpiente que se muerde la cola, o también el del caduceo donde dos serpientes se entrelazan alrededor de una vara alada, emblema de la actividad, son alusiones claras a ese doble movimiento de las cosas y a sus correspondencias invariables.